

Tu Fe Es Tu Fortuna

by Neville Goddard

GNOSTIC LIBRARY

De cierto, de cierto os digo: antes de que Abraham fuese, YO SOY. (Juan 8:58). "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" [Juan 1:1]. En el principio estaba la conciencia incondicionada de ser, y la conciencia incondicionada de ser se condicionó al imaginarse ser algo, y la conciencia incondicionada de ser se convirtió en aquello que se había imaginado ser; así comenzó la creación.

Capítulo Uno: ANTES DE QUE ABRAHAM FUESE

De cierto, de cierto os digo: antes de que Abraham fuese, YO SOY. (Juan 8:58). "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" [Juan 1:1]. En el principio estaba la conciencia incondicionada de ser, y la conciencia incondicionada de ser se condicionó al imaginarse ser algo, y la conciencia incondicionada de ser se convirtió en aquello que se había imaginado ser; así comenzó la creación.

Por esta ley, primero concebir, luego convertirse en lo concebido, todas las cosas evolucionan de la Nada; y sin esta secuencia no hay nada hecho que haya sido hecho. Antes de que Abraham o el mundo fuesen, YO SOY. Cuando todo el tiempo deje de ser, YO SOY. YO SOY la conciencia sin forma de ser concibiéndome a mí mismo como hombre. Por mi ley eterna de ser, estoy obligado a ser y a expresar todo lo que creo ser.

YO SOY la eterna Nada que contiene dentro de mi ser sin forma la capacidad de ser todas las cosas. YO SOY aquello en lo cual todas mis concepciones de mí mismo viven, se mueven y tienen su ser, y aparte de lo cual no son nada. Habito dentro de cada concepción de mí mismo; desde esta interioridad, busco siempre trascender todas las concepciones de mí mismo. Por la ley misma de mi ser, trasciendo mis concepciones de mí mismo solo en la medida en que creo ser aquello que sí trasciende.

YO SOY la ley del ser y fuera de MÍ no hay ley. YO SOY EL QUE SOY.

Por mi ley eterna de ser, estoy obligado a ser y a expresar todo lo que creo ser.

Capítulo Dos: DECRETARÁS

[Determinarás también una cosa, y se te cumplirá, y sobre tus caminos resplandecerá la luz. Tú también decretarás una cosa, y te será establecida; y sobre tus caminos resplandecerá la luz. Decretarás una cosa, y te será cumplida, y sobre tus caminos resplandecerá la luz. (Job 22:28)].

Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo cual la envié. (Isaías 55:11). El hombre puede decretar

una cosa y ella se cumplirá. El hombre siempre ha decretado aquello que ha aparecido en su mundo. Hoy está decretando aquello que aparece en su mundo y seguirá haciéndolo mientras el hombre sea consciente de ser hombre.

Nada ha aparecido jamás en el mundo del hombre sino aquello que el hombre decretó que apareciera. Esto puedes negarlo; pero por más que lo intentes, no puedes refutarlo, porque este decretar se basa en un principio inmutable. El hombre no ordena que las cosas aparezcan por sus palabras, que son, más a menudo que no, una confesión de sus dudas y temores.

Decretar siempre se hace en la conciencia. Todo hombre expresa automáticamente aquello de lo que es consciente de ser. Sin esfuerzo ni uso de palabras, en cada momento del tiempo, el hombre se ordena a sí mismo ser y poseer aquello de lo que es consciente de ser y poseer.

Este principio inmutable de la expresión está dramatizado en todas las Biblias del mundo. Los autores de nuestros libros sagrados eran místicos iluminados, maestros consumados en el arte de la psicología. Al contar la historia del alma, personificaron este principio impersonal en forma de un documento histórico, tanto para preservarlo como para ocultarlo de los ojos de los no iniciados.

Hoy, aquellos a quienes este gran tesoro ha sido confiado, a saber, los sacerdocios del mundo, han olvidado que las Biblias son dramas psicológicos que representan la conciencia del hombre; en su ciega desmemoria, ahora enseñan a sus seguidores a adorar a sus personajes como hombres y mujeres que realmente vivieron en el tiempo y el espacio.

Cuando el hombre vea la Biblia como un gran drama psicológico, con todos sus personajes y actores como las cualidades y atributos personificados de su propia conciencia, entonces, y solo entonces, la Biblia le revelará la luz de su simbología. Este principio impersonal de la vida que hizo todas las cosas está personificado como Dios.

Este Señor Dios, creador del cielo y la tierra, se descubre que es la conciencia de ser del hombre. Si el hombre estuviera menos atado a la ortodoxia y fuera más intuitivamente observador, no podría dejar de notar, al leer las Biblias, que la conciencia de ser se revela cientos de veces a lo largo de esta literatura.

Por nombrar unas pocas: "YO SOY me ha enviado a vosotros" [Éxodo 3:14]. "Estad quietos y sabed que YO SOY Dios" [Salmo 46:10]. "YO SOY el Señor y no hay otro Dios" ["Yo soy el SEÑOR, y no hay otro, fuera de mí no hay Dios", Isaías 45:5; "Yo soy el SEÑOR vuestro Dios, y no hay otro", Joel 2:27]. "YO SOY el pastor" ["Yo soy el buen pastor: el buen pastor su vida

da por las ovejas", Juan 10:11; "Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen", Juan 10:14]. "YO SOY la puerta" ["Yo soy la puerta: el que por mí entrare, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pastos", Juan 10:9; "De cierto, de cierto os digo, yo soy la puerta de las ovejas", Juan 10:7]. "YO SOY la resurrección y la vida" [Juan 11:25]. "YO SOY el camino" ["Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí", Juan 14:6]. "YO SOY el principio y el fin" ["Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último", Apocalipsis 22:13; "Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, y el que era, y el que ha de venir, el Todopoderoso", Apocalipsis 1:8].

YO SOY; la conciencia incondicionada de ser del hombre se revela como Señor y Creador de todo estado condicionado de ser. Si el hombre abandonara su creencia en un Dios aparte de sí mismo, y reconociera que su conciencia de ser es Dios (esta conciencia se modela a la semejanza e imagen de su concepción de sí misma), transformaría su mundo de un páramo estéril en un campo fértil a su gusto.

El día en que el hombre haga esto sabrá que él y su Padre son uno, pero que su Padre es mayor que él. Sabrá que su conciencia de ser es una con aquello de lo que es consciente de ser, pero que su conciencia incondicionada de ser es mayor que su estado condicionado o su concepción de sí mismo.

Cuando el hombre descubra que su conciencia es el poder impersonal de la expresión, poder que eternamente se personifica en sus concepciones de sí mismo, asumirá y se apropiará de aquel estado de conciencia que desea expresar; al hacerlo, se convertirá en ese estado en expresión.

"Decretaréis una cosa y se cumplirá" puede decirse ahora de esta manera: te volverás consciente de ser o poseer una cosa, y expresarás o poseerás aquello de lo que eres consciente de ser. La ley de la conciencia es la única ley de la expresión. "YO SOY el camino". "YO SOY la resurrección".

La conciencia es el camino, así como el poder que resucita y expresa todo aquello de lo que el hombre será jamás consciente de ser.

Apártate de la ceguera del hombre no iniciado que intenta expresar y poseer aquellas cualidades y cosas de las que no es consciente de ser y poseer; y sé como el místico iluminado que decreta sobre la base de esta ley inmutable. Reclama conscientemente ser aquello que buscas; apropiate de la conciencia de aquello que ves; y tú también conocerás la condición del verdadero místico, así:

Me volví consciente de serlo. Sigo siendo consciente de serlo. Y continuaré siendo consciente de serlo hasta que aquello de lo

que soy consciente de ser se exprese perfectamente. Sí, decretaré una cosa y se cumplirá.

La ley de la conciencia es la única ley de la expresión.

Capítulo Tres: EL PRINCIPIO DE LA VERDAD

"Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". (Juan 8:32).

La verdad que hace libre al hombre es el conocimiento de que su conciencia es la resurrección y la vida, de que su conciencia a la vez resucita y da vida a todo aquello de lo que es consciente de ser. Aparte de la conciencia, no hay resurrección ni vida.

Cuando el hombre abandona su creencia en un Dios aparte de sí mismo y empieza a reconocer que su conciencia de ser es Dios, como hicieron Jesús y los profetas, transformará su mundo con la realización: "Yo y mi Padre uno somos" [Juan 10:30], pero "mi Padre mayor es que yo" [Juan 14:28].

Sabrá que su conciencia es Dios, y que aquello de lo que es consciente de ser es el Hijo que da testimonio de Dios, el Padre.

El concebidor y la concepción son uno, pero el concebidor es mayor que su concepción. Antes de que Abraham fuese, YO SOY. Sí, yo era consciente de ser antes de volverme consciente de ser hombre, y el día en que deje de ser consciente de ser hombre, seguiré siendo consciente de ser.

La conciencia de ser no depende de ser nada. Precedió a todas las concepciones de sí misma y será cuando todas las concepciones de sí misma dejen de ser. "YO SOY el principio y el fin". Es decir, todas las cosas o concepciones de mí mismo comienzan y terminan en mí, pero yo, la conciencia sin forma, permanezco para siempre.

Jesús descubrió esta gloriosa verdad y se declaró uno con Dios, no el Dios que el hombre había fabricado, pues nunca reconoció tal Dios. Jesús encontró que Dios era su conciencia de ser y así dijo al hombre que el Reino de Dios y el Cielo estaban dentro [Lucas 17:21,23]. Cuando se registra que Jesús dejó el mundo y fue a su Padre ["fue recibido arriba en el cielo", Marcos 16:19, Lucas 24:51], simplemente se afirma que apartó su atención del mundo de los sentidos y se elevó en conciencia a aquel nivel que deseaba expresar.

Allí permaneció hasta volverse uno con la conciencia a la cual ascendió. Cuando regresó al mundo del hombre, pudo actuar con la seguridad positiva de aquello de lo que era consciente de ser, un estado de conciencia que nadie sino él sentía o sabía

que poseía. El hombre que ignora esta ley eterna de la expresión mira tales sucesos como milagros.

Elevarse en conciencia al nivel de la cosa deseada y permanecer allí hasta que tal nivel se vuelva tu naturaleza es el camino de todos los aparentes milagros. "Y yo, si fuere levantado, a todos atraeré a mí mismo" ["Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo", Juan 12:32]. Si soy levantado en conciencia a la naturalidad de la cosa deseada, atraeré hacia mí la manifestación de ese deseo.

"Ninguno viene a mí si el Padre que está en mí no lo trae" [Juan 6:44], y "Yo y mi Padre uno somos" [Juan 10:30]. Mi conciencia es el Padre que atrae hacia mí la manifestación de la vida. La naturaleza de la manifestación está determinada por el estado de conciencia en el que habito. Siempre estoy atrayendo a mi mundo aquello de lo que soy consciente de ser.

Si estás descontento con tu presente expresión de la vida, entonces debes nacer de nuevo [Juan 3:7]. Renacer es soltar aquel nivel con el que estás descontento y elevarse a aquel nivel de conciencia que deseas expresar y poseer. No puedes servir a dos señores [Mateo 6:24, Lucas 16:13] ni a estados de conciencia opuestos al mismo tiempo.

Al apartar tu atención de un estado y posarla sobre el otro, mueres a aquel del que la has apartado, y vives y expresas

aquel con el que estás unido. El hombre no puede ver cómo sería posible expresar aquello que desea ser por una ley tan sencilla como adquirir la conciencia de la cosa deseada.

La razón de esta falta de fe por parte del hombre es que mira el estado deseado a través de la conciencia de sus presentes limitaciones. Por lo tanto, naturalmente lo ve como imposible de lograr. Una de las primeras cosas que el hombre debe comprender es que es imposible, al tratar con esta ley espiritual de la conciencia, poner vino nuevo en odres viejos o remiendos nuevos en vestidos viejos [Mateo 9:16,17; Marcos 2:21,22; Lucas 5:36-39].

Es decir, no puedes llevar ninguna parte de la conciencia presente al nuevo estado. Pues el estado buscado es completo en sí mismo y no necesita remiendos. Cada nivel de conciencia se expresa a sí mismo automáticamente. Elevarse al nivel de cualquier estado es convertirse automáticamente en ese estado en expresión. Pero, para elevarte al nivel que ahora no estás expresando, debes soltar por completo la conciencia con la que ahora estás identificado.

Hasta que tu conciencia presente sea soltada, no podrás elevarte a otro nivel. No te desanimes. Este soltar tu identidad presente no es tan difícil como podría parecer.

La invitación de las Escrituras, "Estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor" [Corintios 5:8, Corintios 5:3, Colosenses 2:5], no se da a unos pocos elegidos; es un llamado que abarca a toda la humanidad. El cuerpo del cual eres invitado a escapar es tu presente concepción de ti mismo con todas sus limitaciones, mientras que el Señor con quien has de estar presente es tu conciencia de ser.

Para lograr esta hazaña en apariencia imposible, apartas tu atención de tu problema y la posas en el simple ser. Dices en silencio, pero con sentimiento, "YO SOY". No condiciones esta conciencia, sino continúa declarando quietamente, "YO SOY, YO SOY". Simplemente siente que eres sin rostro y sin forma, y continúa haciéndolo hasta que te sientas flotando.

"Flotar" es un estado psicológico que niega por completo lo físico. Mediante la práctica de la relajación y la negativa voluntaria a reaccionar a las impresiones sensoriales, es posible desarrollar un estado de conciencia de pura receptividad. Es un logro sorprendentemente fácil. En este estado de completo desapego, una singular intención de pensamiento puede grabarse indeleblemente sobre tu conciencia no modificada. Este estado de conciencia es necesario para la verdadera meditación.

Esta maravillosa experiencia de elevarse y flotar es la señal de que estás ausente del cuerpo o problema y ahora estás pre-

sente con el Señor; en este estado expandido no eres consciente de ser nada sino YO SOY, YO SOY; solo eres consciente de ser.

Cuando se alcanza esta expansión de conciencia, dentro de esta profundidad sin forma de ti mismo, da forma a la nueva concepción reclamando y sintiéndote ser aquello que, antes de entrar en este estado, deseabas ser. Hallarás que dentro de esta profundidad sin forma de ti mismo todas las cosas parecen ser divinamente posibles. Cualquier cosa que sinceramente te sientas ser mientras estás en este estado expandido se vuelve, con el tiempo, tu expresión natural.

Y dijo Dios: "Haya un firmamento en medio de las aguas" [Génesis 1:6]. Sí, haya una firmeza o convicción en medio de esta conciencia expandida, sabiendo y sintiendo YO SOY eso, la cosa deseada. Al reclamar y sentirte ser la cosa deseada, estás cristalizando esta luz líquida y sin forma que eres en la imagen y semejanza [Génesis 1:26] de aquello de lo que eres consciente de ser.

Ahora que la ley de tu ser te ha sido revelada, comienza este día a cambiar tu mundo revaluándote a ti mismo. Demasiado tiempo ha sostenido el hombre la creencia de que nace del dolor y debe labrar su salvación con el sudor de su frente. Dios es impersonal y no hace acepción de personas [Hechos 10:34; Romanos 2:11]. Mientras el hombre continúe caminando en

esta creencia de dolor, así caminará. En un mundo de dolor y confusión, pues el mundo, en cada detalle, es la conciencia del hombre cristalizada.

En el Libro de los Números se registra: "Había gigantes en la tierra, y nosotros, a nuestros propios ojos, éramos como langostas, y así éramos a sus ojos" [13:33]. Hoy es el día, el eterno ahora, en que las condiciones del mundo han alcanzado la apariencia de gigantes. Los desempleados, los ejércitos del enemigo, la competencia en los negocios, etc., son los gigantes que te hacen sentir una langosta indefensa.

Se nos dice que primero, a nuestros propios ojos, éramos langostas indefensas, y a causa de esta concepción de nosotros mismos éramos, para el enemigo, langostas indefensas. Solo podemos ser para los demás aquello que somos para nosotros mismos. Por lo tanto, al revaluarnos y empezar a sentirnos el gigante, un centro de poder, cambiamos automáticamente nuestra relación con los gigantes, reduciendo a estos antiguos monstruos a su verdadero lugar, haciéndolos aparecer como langostas indefensas.

Pablo dijo de este principio: "Para los griegos (o los llamados sabios del mundo) es locura; y para los judíos (o los que buscan señales) es piedra de tropiezo" ["Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría: mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente

tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres", Primera de Corintios 1:22-25]; con el resultado de que el hombre continúa caminando en la oscuridad en lugar de despertar a la realización: "YO SOY la luz del mundo" [Mateo 5:14; Juan 8:12].

El hombre ha adorado durante tanto tiempo las imágenes de su propia hechura que al principio encuentra blasfemia esta revelación; pero el día en que el hombre descubra y acepte este principio como la base de su vida, ese día el hombre da muerte a su creencia en un Dios aparte de sí mismo. La historia de la traición a Jesús en el Huerto de Getsemaní es la perfecta ilustración del descubrimiento del hombre de este principio. Se nos dice que las multitudes, armadas con palos y linternas, buscaban a Jesús en la oscuridad de la noche.

Cuando preguntaron por el paradero de Jesús (la salvación), la voz respondió: "YO SOY"; con lo cual toda la multitud cayó a tierra. Al recobrar la compostura, volvieron a pedir que se les mostrara el escondite del salvador, y de nuevo el salvador dijo: "Os he dicho que YO SOY; por tanto, si me buscáis, dejad ir a todos los demás" [Juan 18:8].

El hombre, en la oscuridad de la ignorancia humana, emprende su búsqueda de Dios, ayudado por la trémula luz de la

sabiduría humana. Cuando se le revela al hombre que su YO SOY o conciencia de ser es su salvador, el impacto es tan grande que mentalmente cae a tierra, pues toda creencia que jamás ha albergado se desmorona al darse cuenta de que su conciencia es el único y solo salvador.

El conocimiento de que su YO SOY es Dios obliga al hombre a dejar ir a todos los demás, pues le resulta imposible servir a dos Dioses. El hombre no puede aceptar su conciencia de ser como Dios y al mismo tiempo creer en otra deidad. Con este descubrimiento, el oído humano del hombre (la comprensión) es cortado por la espada de la fe (Pedro), mientras su oído perfecto y disciplinado (la comprensión) es restaurado por (Jesús) el conocimiento de que YO SOY es Señor y Salvador.

Antes de que el hombre pueda transformar su mundo, debe primero poner este fundamento o comprensión. "YO SOY el Señor [y no hay otro", Isaías 45:5]. El hombre debe saber que su conciencia de ser es Dios. Hasta que esto esté firmemente establecido, de modo que ninguna sugerencia o argumento de otros pueda hacerlo vacilar, se encontrará volviendo a la esclavitud de su antigua creencia.

"Si no creéis que YO SOY él, en vuestros pecados moriréis" [Juan 8:24]. A menos que el hombre descubra que su conciencia es la causa de cada expresión de su vida, continuará bus-

cando la causa de su confusión en el mundo de los efectos, y así morirá en su búsqueda infructuosa.

"YO SOY la vid y vosotros los pámpanos" [Juan 15:5]. La conciencia es la vid, y aquello de lo que eres consciente de ser son como pámpanos que alimentas y mantienes vivos. Así como un pámpano no tiene vida si no está arraigado en la vid, de igual modo las cosas no tienen vida si no eres consciente de ellas.

Así como un pámpano se marchita y muere si la savia de la vid deja de fluir hacia él, así también las cosas y cualidades pasan si apartas tu atención de ellas; porque tu atención es la savia de la vida que sostiene la expresión de tu vida.

Elevarse en conciencia al nivel de la cosa deseada y permanecer allí hasta que tal nivel se vuelva tu naturaleza es el camino de todos los aparentes milagros.

Capítulo Cuatro: ¿A QUIÉN BUSCÁIS?

"Os he dicho que YO SOY; por tanto, si me buscáis, dejad ir a estos". (Juan 18:8). "Cuando les dijo: YO SOY, retrocedieron y cayeron a tierra". (Juan 18:6).

Hoy se habla tanto de Maestros, Hermanos Mayores, Adeptos e iniciados que innumerables buscadores de la verdad son constantemente extraviados al seguir estas falsas luces. Por un precio, la mayoría de estos pseudomaestros ofrecen a sus alumnos la iniciación en los misterios, prometiéndoles guía y dirección. La debilidad del hombre por los líderes, así como su adoración de ídolos, lo hacen presa fácil de estas escuelas y maestros.

Bien vendrá a la mayoría de estos alumnos inscritos; descubrirán, tras años de espera y sacrificio, que seguían un espejismo. Entonces se desilusionarán de sus escuelas y maestros, y esta decepción habrá valido el esfuerzo y el precio que pagaron por su búsqueda infructuosa.

Entonces se apartarán de su adoración al hombre y, al hacerlo, descubrirán que aquello que buscan no se halla en otro, pues el Reino de los Cielos está dentro [Lucas 17:21]. Esta realización será su primera verdadera iniciación. La lección aprendida será esta: solo hay un Maestro, y este Maestro es Dios, el YO SOY dentro de sí mismos.

"YO SOY el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de la oscuridad, de la casa de servidumbre" [Éxodo 20:2, Deuteronomio 5:6]. YO SOY, tu conciencia, es Señor y Maestro, y fuera de tu conciencia no hay ni Señor ni Maestro.

Eres Maestro de todo aquello de lo que jamás serás consciente de ser.

Sabes que eres, ¿no es así? Saber que eres es el Señor y Maestro de aquello que sabes que eres. Podrías ser completamente aislado por el hombre de aquello de lo que eres consciente de ser; y sin embargo, a pesar de todas las barreras humanas, atraerías hacia ti sin esfuerzo todo aquello de lo que fueras consciente de ser.

El hombre que es consciente de ser pobre no necesita la ayuda de nadie para expresar su pobreza. El hombre que es consciente de estar enfermo, aunque estuviera aislado en el área más herméticamente sellada y libre de gérmenes del mundo, expresaría enfermedad. No hay barrera para Dios, pues Dios es tu conciencia de ser.

Sin importar de qué seas consciente de ser, puedes expresarlo y lo expresas sin esfuerzo. Deja de buscar la venida del Maestro; está contigo siempre. "YO SOY con vosotros siempre, hasta el fin del mundo" [Mateo 28:20]. De cuando en cuando te conocerás como muchas cosas, pero no necesitas ser nada para saber que eres.

Puedes, si así lo deseas, desenredarte del cuerpo que llevas; al hacerlo, te das cuenta de que eres una conciencia sin rostro y sin forma, y que no dependes de la forma que llevas para tu

expresión. Sabrás que eres; también descubrirás que este saber que eres es Dios, el Padre, que precedió a todo lo que jamás te conociste ser.

Antes de que el mundo fuese, eras consciente de ser, y así decías "YO SOY", y YO SOY será, después de que todo lo que te conoces ser deje de ser. No hay Maestros Ascendidos. Destierra esta superstición. Por siempre te elevarás de un nivel de conciencia (maestro) a otro; al hacerlo, manifiestas el nivel ascendido, expresando esta conciencia recién adquirida.

Siendo la conciencia Señor y Maestro, tú eres el Mago Maestro que conjura aquello de lo que ahora eres consciente de ser. "Pues Dios (la conciencia) llama las cosas que no son como si fuesen" [Romanos 4:17]: las cosas que ahora no se ven serán vistas en el momento en que te vuelvas consciente de ser aquello que ahora no se ve.

Este elevarse de un nivel de conciencia a otro es la única ascensión que jamás experimentarás. Ningún hombre puede elevarte al nivel que deseas. El poder de ascender está dentro de ti mismo; es tu conciencia. Te apropias de la conciencia del nivel que deseas expresar reclamando que ahora expresas tal nivel.

Esta es la ascensión. Es ilimitada, pues nunca agotarás tu capacidad de ascender. Apártate de la superstición humana de la

ascensión con su creencia en maestros, y halla al único y eterno maestro dentro de ti mismo. "Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo" [1 Juan 4:4]. Cree esto. No continúes en la ceguera, siguiendo el espejismo de los maestros. Te aseguro que tu búsqueda solo puede terminar en decepción.

"Si me niegas a mí (tu conciencia de ser), yo también te negaré a ti" [Mateo 10:33]. "No tendrás otro Dios fuera de MÍ" [Isaías 45:5; Joel 2:27]. "Estad quietos y sabed que YO SOY Dios" [Salmo 46:10]. "Probadme ahora en esto, y ved si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" [Malaquías 3:10].

¿Crees que el YO SOY es capaz de hacer esto? Entonces reclámame como aquello que quieres ver derramado. Reclama ser aquello que quieres ser, y eso serás. No a causa de maestros te lo daré, sino porque me has reconocido a MÍ (a ti mismo) como eso, te lo daré, pues YO SOY todas las cosas para todos.

Jesús no permitía que lo llamaran Buen Maestro. Sabía que solo hay un bueno y un maestro. Sabía que este era su Padre en los Cielos, la conciencia de ser. "El Reino de Dios" (el Bien) y el Reino de los Cielos están dentro de ti [Lucas 17:21]. Tu creencia en maestros es una confesión de tu esclavitud. Solo los esclavos tienen amos.

Cambia tu concepción de ti mismo y, sin la ayuda de maestros ni de nadie más, transformarás automáticamente tu mundo para que se conforme a tu concepción cambiada de ti mismo.

Se te dice en el Libro de los Números que hubo un tiempo en que los hombres eran, a sus propios ojos, como langostas, y a causa de esta concepción de sí mismos, veían gigantes en la tierra. Esto es tan cierto del hombre hoy como lo era el día en que se registró. La concepción que el hombre tiene de sí mismo es tan parecida a la de una langosta que automáticamente hace que las condiciones a su alrededor parezcan gigantescas; en su ceguera clama por maestros que lo ayuden a combatir sus gigantescos problemas.

Jesús trató de mostrar al hombre que la salvación estaba dentro de sí mismo y le advirtió que no buscara a su salvador en lugares o personas. Si alguien viniere diciendo, mirad aquí o mirad allá, no le creáis, pues el Reino de los Cielos está dentro de vosotros [Lucas 17:21].

Jesús no solo se negó a permitir que lo llamaran Buen Maestro, sino que advirtió a sus seguidores: "A nadie saludéis por el camino" ["y a nadie saludéis por el camino", Lucas 10:4; 2 Reyes 4:29]. Dejó claro que no debían reconocer ninguna autoridad o superior que no fuera Dios, el Padre.

Jesús estableció la identidad del Padre como la conciencia de ser del hombre. "Yo y mi Padre uno somos, pero mi Padre mayor es que yo" [Juan 10:30 y Juan 14:28]. YO SOY uno con todo aquello de lo que soy consciente de ser. YO SOY mayor que aquello de lo que soy consciente de ser. El creador es siempre mayor que su creación.

"Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado" [Juan 3:14]. La serpiente simboliza la presente concepción del hombre de sí mismo como un gusano del polvo, viviendo en el desierto de la confusión humana. Así como Moisés se levantó de su concepción de gusano del polvo para descubrir que Dios era su conciencia de ser, "YO SOY me ha enviado" [Éxodo 3:14], así debes ser levantado tú. El día en que reclames, como Moisés, "YO SOY EL QUE SOY" [Éxodo 3:14], ese día tu reclamo florecerá en el desierto.

Tu conciencia es el mago maestro que conjura todas las cosas siendo aquello que conjuraría. Este Señor y Maestro que eres puede hacer y hace que todo aquello de lo que eres consciente de ser aparezca en tu mundo.

"Ningún hombre (manifestación) viene a mí si mi Padre no lo trae, y yo y mi Padre uno somos" ["Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero", Juan 6:44; "Mi Padre que me las dio, mayor que

todos es, y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre. Yo y mi Padre uno somos", Juan 10:29, 30]. Estás atrayendo constantemente hacia ti aquello de lo que eres consciente de ser. Cambia tu concepción de ti mismo, de la del esclavo a la de Cristo.

No te avergüences de hacer este reclamo; solo al reclamar "YO SOY Cristo" harás las obras de Cristo.

"Las obras que yo hago, también vosotros las haréis, y aun mayores que estas haréis, porque yo voy a mi Padre" ["De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores que estas hará, porque yo voy al Padre", Juan 14:12]. "Se hizo igual a Dios y no tuvo por usurpación hacer las obras de Dios" [Filipenses 2:6].

Jesús sabía que cualquiera que se atreviera a reclamar ser Cristo asumiría automáticamente las capacidades para expresar las obras de su concepción de Cristo. Jesús también sabía que el uso exclusivo de este principio de la expresión no le fue dado solo a él. Constantemente se refería a su Padre en los Cielos.

Afirmó que sus obras no solo serían igualadas, sino que serían superadas por aquel hombre que se atreviera a concebirse mayor de lo que él (Jesús) se había concebido. Jesús, al afirmar que él y su Padre eran uno, pero que su Padre era mayor

que él, reveló que su conciencia (Padre) era una con aquello de lo que era consciente de ser.

Encontró que él, como Padre o conciencia, era mayor que aquello de lo que él, como Jesús, era consciente de ser. Tú y tu concepción de ti mismo sois uno. Eres y siempre serás mayor que cualquier concepción que jamás tengas de ti mismo. El hombre no logra hacer las obras de Jesucristo porque intenta lograrlas desde su presente nivel de conciencia.

Nunca trascenderás tus presentes logros mediante el sacrificio y la lucha. Tu presente nivel de conciencia solo será trascendido al soltar el estado presente y elevarte a un nivel más alto. Te elevas a un nivel más alto de conciencia al apartar tu atención de tus presentes limitaciones y posarla sobre aquello que deseas ser. No intentes esto en ensoñaciones o pensamiento ilusorio, sino de manera positiva.

Reclama ser la cosa deseada. YO SOY eso; sin sacrificio, sin dieta, sin trucos humanos. Todo lo que se te pide es que aceptes tu deseo. Si te atreves a reclamarlo, lo expresarás. Medita en esto: "No me deleito en los sacrificios de los hombres" [probablemente Malaquías 1:10]. "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu" [Zacarías 4:6]. "Pedid y se os dará" [Mateo 7:7, Mateo 21:22, Marcos 11:24, Lucas 11:9, Juan 15:7, Juan 16:24]. "Venid, comed y bebed sin precio" [probablemente Isaías 55:1].

Las obras están terminadas. Todo lo que se requiere de ti para dejar que estas cualidades lleguen a la expresión es el reclamo: YO SOY eso. Reclama ser aquello que deseas ser, y eso serás. Las expresiones siguen a las impresiones, no las preceden. La prueba de que eres seguirá al reclamo de que eres; no lo precederá.

"Deja todo y sígueme" [Mateo 8:22; 9:9; Lucas 5:27] es una doble invitación para ti. Primero, te invita a apartarte por completo de todos los problemas y, luego, te llama a continuar caminando en el reclamo de que eres aquello que deseas ser. No seas como la mujer de Lot, que mira atrás y se vuelve sal [Génesis 19] o se conserva en el pasado muerto.

Sé como Lot, que no mira atrás, sino que mantiene su visión enfocada en la tierra prometida, la cosa deseada. Haz esto y sabrás que has hallado al maestro, el Mago Maestro, que hace de lo no visto lo visto mediante el mandato: "YO SOY ESO".

Cambia tu concepción de ti mismo y, sin la ayuda de maestros ni de nadie más, transformarás automáticamente tu mundo para que se conforme a tu concepción cambiada de ti mismo.

Capítulo Cinco: ¿QUIÉN SOY YO?

"¿Pero quién decís vosotros que YO SOY?". (Mateo 16:15).

"YO SOY el Señor; ese es mi nombre; y mi gloria no daré a otro" [Isaías 42:8]. "YO SOY el Señor, el Dios de toda carne" [Jeremías 32:27]. Este YO SOY dentro de ti, lector, esta conciencia, esta conciencia de ser, es el Señor, el Dios de toda carne. YO SOY es Aquel que ha de venir; deja de buscar a otro. Mientras creas en un Dios aparte de ti mismo, continuarás transfiriendo el poder de tu expresión a tus concepciones, olvidando que tú eres el concebidor.

El poder que concibe y la cosa concebida son uno, pero el poder de concebir es mayor que la concepción. Jesús descubrió esta gloriosa verdad cuando declaró: "Yo y mi Padre uno somos, pero mi Padre mayor es que yo" [Juan 10:30 y Juan 14:28]. El poder que se concibe a sí mismo como hombre es mayor que su concepción. Todas las concepciones son limitaciones del concebidor.

"Antes de que Abraham fuese, YO SOY" [Juan 8:58]. Antes de que el mundo fuese, YO SOY.

La conciencia precede a todas las manifestaciones y es el sostén sobre el cual descansa toda manifestación. Para remover las manifestaciones, todo lo que se requiere de ti, el concebidor, es apartar tu atención de la concepción. En lugar de "Ojos que no ven, corazón que no siente", en realidad es "Fuera de la mente, fuera de la vista".

La manifestación permanecerá a la vista solo el tiempo que tarde en agotarse la fuerza con la que el concebidor, YO SOY, la dotó originalmente. Esto se aplica a toda la creación, desde el electrón infinitamente pequeño hasta el universo infinitamente grande. "Estad quietos y sabed que YO SOY Dios" [Salmo 46:10].

Sí, este mismísimo YO SOY, tu conciencia de ser, es Dios, el único Dios. YO SOY es el Señor, el Dios de toda carne, de toda manifestación. Esta presencia, tu conciencia incondicionada, no comprende ni principio ni fin; las limitaciones existen solo en la manifestación. Cuando te des cuenta de que esta conciencia es tu yo eterno, sabrás que antes de que Abraham fuese, YO SOY.

Comienza a comprender por qué se te dijo: "Ve y haz tú lo mismo" [Lucas 10:37]. Comienza ahora a identificarte con esta presencia, tu conciencia, como la única realidad. Todas las manifestaciones solo parecen ser; tú, como hombre, no tienes más realidad que aquella que tu yo eterno, YO SOY, cree ser.

"¿Quién decís que YO SOY?" [Mateo 16:15, Marcos 8:29, Lucas 9:20]. Esta no es una pregunta hecha hace dos mil años. Es la pregunta eterna que el concebidor dirige a la manifestación. Es tu verdadero yo, tu conciencia de ser, preguntándote a ti, su presente concepción de sí mismo: "¿Quién crees que es tu conciencia?".

Esta respuesta solo puede definirse dentro de ti mismo, sin importar la influencia de otro. YO SOY (tu verdadero yo) no se interesa por la opinión del hombre. Todo su interés reside en tu convicción de ti mismo. ¿Qué dices del YO SOY dentro de ti? ¿Puedes responder y decir "YO SOY Cristo"? Tu respuesta o grado de comprensión determinará el lugar que ocuparás en la vida.

¿Dices o crees ser un hombre de cierta familia, raza, nación, etc.? ¿Crees esto honestamente de ti mismo? Entonces la vida, tu verdadero yo, hará que estas concepciones aparezcan en tu mundo y vivirás con ellas como si fueran reales. "YO SOY la puerta" [Juan 10:9]. "YO SOY el camino" [Juan 14:6]. "YO SOY la resurrección y la vida" [Juan 11:25]. "Ningún hombre (o manifestación) viene a mi Padre sino por mí" ["Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre sino por mí", Juan 14:6].

El YO SOY (tu conciencia) es la única puerta por la cual algo puede pasar a tu mundo.

Deja de buscar señales. Las señales siguen; no preceden. Comienza a invertir la afirmación "Ver para creer" por "Creer para ver". Empieza ahora a creer, no con la vacilante confianza basada en la engañosa evidencia externa, sino con una confianza intrépida basada en la ley inmutable de que puedes ser

aquello que deseas ser. Hallarás que no eres víctima del destino, sino víctima de la fe (la tuya propia).

Solo por una puerta puede pasar al mundo de la manifestación aquello que buscas. "YO SOY la puerta". Tu conciencia es la puerta, así que debes volverte consciente de ser y tener aquello que deseas ser y tener. Cualquier intento de realizar tus deseos por otros medios que no sean la puerta de la conciencia te hace ladrón y salteador de ti mismo.

Cualquier expresión que no se sienta es antinatural. Antes de que algo aparezca, Dios, YO SOY, se siente ser la cosa deseada; y entonces la cosa sentida aparece. Es resucitada, levantada de la nada. YO SOY rico, pobre, sano, enfermo, libre o confinado fueron, ante todo, impresiones o condiciones sentidas antes de volverse expresiones visibles.

Tu mundo es tu conciencia objetivada. No pierdas tiempo tratando de cambiar lo de afuera; cambia lo de dentro o la impresión, y lo de afuera o la expresión se ocupará de sí mismo. Cuando la verdad de esta afirmación amanezca sobre ti, sabrás que has hallado la palabra perdida, o la llave de toda puerta.

YO SOY (tu conciencia) es la mágica palabra perdida que se hizo carne a la semejanza de aquello de lo que eres consciente de ser.

YO SOY ÉL. Ahora mismo te estoy cubriendo a ti, lector, mi templo viviente, con mi presencia, instándote a una nueva expresión. Tus deseos son mis palabras habladas. Mis palabras son espíritu, y son verdad, y no volverán a mí vacías, sino que cumplirán aquello para lo cual fueron enviadas ["Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié", Isaías 55:11]. No son algo que se deba labrar.

Son vestiduras que yo, tu yo sin rostro y sin forma, llevo. ¡He aquí! Yo, vestido con tu deseo, estoy a la puerta (tu conciencia) y llamo. Si oyes mi voz y me abres (me reconoces como tu salvador), entraré a ti y cenaré contigo, y tú conmigo ["He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo", Apocalipsis 3:20].

Cómo mis palabras, tus deseos, se cumplirán, no es asunto tuyo. Mis palabras tienen un camino que tú no conoces [Juan 4:32]. Sus caminos son inescrutables [Romanos 11:33].

Todo lo que se requiere de ti es creer. Cree que tus deseos son vestiduras que tu salvador lleva. Tu creencia de que ahora eres aquello que deseas ser es la prueba de tu aceptación de los dones de la vida. Has abierto la puerta para que tu Señor, vestido con tu deseo, entre en el momento en que estableces esta creencia.

"Cuando oréis, creed que ya lo recibisteis, y así será" [Marcos 11:24]. "Todo es posible para el que cree" [Marcos 9:23]. Haz posible lo imposible mediante tu creencia; y lo imposible (para otros) se encarnará en tu mundo.

Todos los hombres han tenido prueba del poder de la fe. La fe que mueve montañas es la fe en ti mismo. Ningún hombre tiene fe en Dios si carece de confianza en sí mismo. Tu fe en Dios se mide por tu confianza en ti mismo. "Yo y mi Padre uno somos" [Juan 10:30]; el hombre y su Dios son uno; la conciencia y la manifestación son una.

Y dijo Dios: "Haya un firmamento en medio de las aguas" [Génesis 1:6]. En medio de todas las dudas y opiniones cambiantes de los demás, haya una convicción, una firmeza de creencia, y verás la tierra seca; tu creencia aparecerá. La recompensa es para el que persevera hasta el fin ["Mas el que perseverare hasta el fin, este será salvo", Mateo 24:13]. Una convicción no es convicción si puede ser sacudida. Tu deseo será como nubes sin lluvia a menos que creas.

Tu conciencia incondicionada o YO SOY es la Virgen María que no conoció varón [Lucas 1:34] y, sin embargo, sin ayuda de varón, concibió y dio a luz un hijo. María, la conciencia incondicionada, deseó y luego se volvió consciente de ser el estado condicionado que deseaba expresar, y de un modo desconocido para otros, se convirtió en él. Ve y haz tú lo mismo;

asume la conciencia de aquello que deseas ser, y tú también darás a luz a tu salvador. Cuando se haga la anunciación, cuando el impulso o deseo esté sobre ti, cree que es la palabra hablada de Dios buscando encarnación a través de ti. Ve, a nadie digas de esta cosa santa que has concebido. Guarda tu secreto dentro de ti y magnifica al Señor [Lucas 1:46], magnifica o cree que tu deseo es tu salvador que viene a estar contigo.

Cuando esta creencia esté tan firmemente establecida que te sientas confiado de los resultados, tu deseo se encarnará. Cómo se hará, ningún hombre lo sabe. Yo, tu deseo, tengo caminos que tú no conoces [Juan 4:32]; mis caminos son inescrutables [Romanos 11:33]. Tu deseo puede compararse a una semilla, y las semillas contienen dentro de sí mismas tanto el poder como el plan de su autoexpresión. Tu conciencia es la tierra. Estas semillas se plantan con éxito solo si, después de haber reclamado ser y tener aquello que deseas, esperas con confianza los resultados sin un pensamiento ansioso.

Si soy levantado en conciencia a la naturalidad de mi deseo, atraeré automáticamente hacia mí la manifestación. La conciencia es la puerta por la cual la vida se revela. La conciencia siempre se está objetivando. Ser consciente de ser o poseer algo es ser o tener aquello de lo que eres consciente de ser o poseer. Por lo tanto, elévate a la conciencia de tu deseo y lo verás representarse automáticamente.

Para hacer esto, debes negar tu presente identidad. "Que se niegue a sí mismo" [Marcos 8:34]. Niegas una cosa al apartar de ella tu atención. Para soltar una cosa, problema o ego de la conciencia, te detienes en Dios, siendo Dios el YO SOY. Estad quietos y sabed que YO SOY es Dios [Salmo 46:10].

Cree, siente que YO SOY; sabe que este que sabe dentro de ti, tu conciencia de ser, es Dios. Cierra los ojos y siéntete sin rostro, sin forma y sin figura. Acércate a esta quietud como si fuera la cosa más fácil del mundo de lograr. Esta actitud asegurará tu éxito.

Cuando todo pensamiento de problema o de uno mismo sea soltado de la conciencia porque ahora estás absorto o perdido en el sentimiento de simplemente ser YO SOY, entonces comienza en este estado sin forma a sentirte ser aquello que deseas ser, "YO SOY EL QUE SOY". En el momento en que alcanzas cierto grado de intensidad, de modo que realmente te sientas ser una nueva concepción, este nuevo sentimiento o conciencia queda establecido, y a su debido tiempo se personificará en el mundo de la forma.

Esta nueva percepción se expresará tan naturalmente como ahora expresas tu presente identidad. Para expresar las cualidades de una conciencia de modo natural, debes morar o vivir dentro de esa conciencia. Apropíate de ella volviéndote uno con ella. Sentir una cosa intensamente, y luego descansar con-

fiado en que es, hace que la cosa sentida aparezca en tu mundo.

"Estaré sobre mi guardia" [Habacuc 2:1] "y veré la salvación del Señor" [Segunda de Crónicas 20:17]. Estaré firme sobre mi sentimiento, convencido de que es así, y veré aparecer mi deseo. "El hombre no puede recibir nada (cosa alguna) si no le es dado del Cielo" [Juan 3:27].

Recuerda, el cielo es tu conciencia; el Reino de los Cielos está dentro de ti. Por eso se te advierte que no llames Padre a ningún hombre; tu conciencia es el Padre de todo lo que eres.

De nuevo se te dice: "A nadie saludéis por el camino" [Lucas 10:4; 2 Reyes 4:29]. No veas a ningún hombre como autoridad. ¿Por qué habrías de pedir permiso al hombre para expresar, cuando te das cuenta de que tu mundo, en cada detalle, se originó dentro de ti y es sostenido por ti como el único centro de concepción?

Todo tu mundo puede compararse al espacio solidificado que refleja las creencias y aceptaciones proyectadas por una presencia sin forma y sin rostro, a saber, YO SOY. Reduce el todo a su sustancia primordial y nada quedaría sino tú, una presencia sin dimensiones, el concebidor. El concebidor es una ley aparte. Las concepciones bajo tal ley no han de medirse por logros pasados ni modificarse por capacidades presentes,

pues, sin tomar pensamiento, la concepción, de un modo desconocido para el hombre, se expresa a sí misma.

Ve dentro en secreto y apropiáte de la nueva conciencia. Siéntete ser ella, y las antiguas limitaciones pasarán tan completa y fácilmente como la nieve en un caluroso día de verano. Ni siquiera recordarás las antiguas limitaciones; nunca fueron parte de esta nueva conciencia.

Este renacimiento al que Jesús se refirió cuando dijo a Nicodemo "Os es necesario nacer de nuevo" [Juan 3:7] no era más que pasar de un estado de conciencia a otro. "Todo lo que pidiereis en mi nombre, eso haré" [Juan 14:13; igualmente, Juan 15:16; Juan 16:23]. Ciertamente esto no significa pedir con palabras, pronunciando con los labios los sonidos Dios o Cristo Jesús, pues millones han pedido de esta manera sin resultados.

Sentirte ser una cosa es haber pedido esa cosa en su nombre. YO SOY es la presencia sin nombre. Sentirte rico es pedir riqueza en su nombre. YO SOY es incondicionado. No es ni rico ni pobre, ni fuerte ni débil. En otras palabras, en ÉL no hay ni griego ni judío, ni esclavo ni libre, ni varón ni mujer. Todas estas son concepciones o limitaciones de lo ilimitado, y por lo tanto nombres de lo que no tiene nombre.

Sentirte ser cualquier cosa es pedir a lo que no tiene nombre, YO SOY, que exprese ese nombre o naturaleza. "Pide lo que quieras en mi nombre, apropiándote de la naturaleza de la cosa deseada, y te lo daré".

| *Tu mundo es tu conciencia objetivada.*

Capítulo Seis: YO SOY ÉL

Porque si no creéis que YO SOY, en vuestros pecados moriréis. (Juan 8:24). "Todas las cosas fueron hechas por Él; y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho" [Juan 1:3]. Este es un dicho difícil de aceptar para los formados en los diversos sistemas de la religión ortodoxa, pero ahí está.

Todas las cosas, buenas, malas e indiferentes, fueron hechas por Dios. "Dios hizo al hombre (la manifestación) a su propia imagen; a semejanza de Dios lo hizo" [Génesis 1:27]. En aparente aumento de esta confusión, se afirma: "Y vio Dios que su creación era buena" [Génesis 1:31]. ¿Qué vas a hacer con esta aparente anomalía? ¿Cómo va a correlacionar el hombre todas las cosas como buenas, cuando aquello que se le enseña niega este hecho?

O bien la comprensión de Dios es errónea, o bien hay algo radicalmente mal en la enseñanza del hombre.

"Para los puros todas las cosas son puras" [Tito 1:15]. Esta es otra afirmación desconcertante. Toda la gente buena, la gente pura, la gente santa, son los mayores prohibicionistas. Une la afirmación anterior con esta otra: "No hay condenación en Cristo Jesús" ["Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu", Romanos 8:1], y obtienes una barrera infranqueable para los jueces autonometrados del mundo. Tales afirmaciones no significan nada para los jueces presuntuosos que ciegamente cambian y destruyen sombras. Continúan en la firme creencia de que están mejorando el mundo.

El hombre, no sabiendo que su mundo es su conciencia individual representada hacia afuera, se esfuerza en vano por conformarse a la opinión de los demás, en lugar de conformarse a la única opinión existente, a saber, su propio juicio de sí mismo.

Cuando Jesús descubrió que su conciencia era esta maravillosa ley de autogobierno, declaró: "Y ahora me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad" ["Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad", Juan 17:19].

Sabía que la conciencia era la única realidad, que las cosas objetivadas no eran más que diferentes estados de conciencia.

Jesús advirtió a sus seguidores que buscaran primero el Reino de los Cielos (ese estado de conciencia que produciría la cosa deseada) y todas las cosas les serían añadidas [Mateo 6:33]. También afirmó: "YO SOY la verdad" [Juan 14:6]. Sabía que la conciencia del hombre era la verdad o causa de todo lo que el hombre veía que su mundo era.

Jesús comprendió que el mundo estaba hecho a semejanza del hombre. Sabía que el hombre veía su mundo como era porque el hombre era lo que era. En resumen, la concepción que el hombre tiene de sí mismo determina aquello que ve que su mundo es. Todas las cosas son hechas por Dios (la conciencia), y sin él no hay nada hecho que haya sido hecho [Juan 1:3].

La creación se juzga buena y muy buena porque es la perfecta semejanza de aquella conciencia que la produjo.

Ser consciente de ser una cosa y luego verte expresar algo distinto de aquello de lo que eres consciente de ser es una violación de la ley del ser; por lo tanto, no sería bueno. La ley del ser nunca se rompe; el hombre siempre se ve expresando aquello de lo que es consciente de ser.

Sea bueno, malo o indiferente, es, no obstante, una semejanza perfecta de su concepción de sí mismo; es bueno y muy bueno. No solo todas las cosas son hechas por Dios, todas las cosas están hechas de Dios. Todas son la descendencia de Dios. Dios

es uno. Las cosas o divisiones son las proyecciones del uno. Siendo Dios uno, debe ordenarse a sí mismo ser el aparente otro, pues no hay otro.

Lo absoluto no puede contener dentro de sí mismo algo que no sea él mismo. Si lo hiciera, entonces no sería absoluto, el único uno. Los mandatos, para ser efectivos, deben ser para uno mismo. "YO SOY EL QUE SOY" es el único mandato efectivo. "YO SOY el Señor y fuera de MÍ no hay otro" [Isaías 45:5; Joel 2:27].

No puedes ordenar aquello que no es. Como no hay otro, debes ordenarte a ti mismo ser aquello que harías aparecer. Permíteme aclarar lo que quiero decir con mandato efectivo. No repites como un loro la afirmación "YO SOY EL QUE SOY"; tal vana repetición sería tan estúpida como infructuosa.

No son las palabras lo que lo hace efectivo; es la conciencia de ser la cosa lo que lo hace efectivo. Cuando dices "YO SOY", declaras que eres. La palabra "eso" en la afirmación "YO SOY eso que SOY" indica aquello que serías. El segundo "YO SOY" en la cita es el grito de victoria.

Todo este drama tiene lugar interiormente, con o sin el uso de palabras. Estad quietos y sabed que sois. Esta quietud se alcanza observando al observador. Repite quietamente, pero con

sentimiento, "YO SOY, YO SOY", hasta que hayas perdido toda conciencia del mundo y te conozcas solo como ser.

La conciencia, el saber que eres, es el Dios Todopoderoso; YO SOY.

Después de que esto se logra, defínete como aquello que desees ser sintiéndote ser la cosa deseada: YO SOY eso. Esta comprensión de que eres la cosa deseada hará que un estremecimiento recorra todo tu ser. Cuando la convicción está establecida y realmente crees que eres aquello que deseabas ser, entonces el segundo "YO SOY" se pronuncia como un grito de victoria. Esta revelación mística de Moisés puede verse en tres pasos distintos: YO SOY; YO SOY libre; ¡realmente lo SOY!

No importa cómo sean las apariencias a tu alrededor. Todas las cosas abren paso a la venida del Señor. YO SOY el Señor que viene en la apariencia de aquello de lo que soy consciente de ser. Todos los habitantes de la tierra no pueden detener mi venida ni cuestionar mi autoridad para ser aquello que SOY consciente de que SOY ["Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada, y él hace según su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra; y no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?", Daniel 4:35].

"YO SOY la luz del mundo" [Juan 8:12], cristalizando en la forma de mi concepción de mí mismo. La conciencia es la luz eterna, que cristaliza solo a través del medio de tu concepción de ti mismo. Cambia tu concepción de ti mismo y cambiarás automáticamente el mundo en que vives. No trates de cambiar a las personas; son solo mensajeros que te dicen quién eres. Revalúate y ellas confirmarán el cambio.

Ahora comprenderás por qué Jesús se santificó a sí mismo en lugar de a otros [Juan 17:19], por qué para los puros todas las cosas son puras [Tito 1:15], por qué en Cristo Jesús (la conciencia despierta) no hay condenación [Romanos 8:1]. Despierta del sueño de la condenación y prueba el principio de la vida. Detén no solo tu juicio de los demás, sino tu condenación de ti mismo.

Oye la revelación del iluminado: "Yo sé, y confío en el Señor Cristo Jesús, que nada es inmundo en sí mismo; mas para el que estima que algo es inmundo, para él lo es" [Romanos 14:14], y de nuevo: "Bienaventurado el hombre que no se condena a sí mismo en aquello que aprueba" ["Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba", Romanos 14:22].

Deja de preguntarte si eres o no digno o indigno de reclamar ser aquello que deseas ser. Serás condenado por el mundo solo mientras te condenes a ti mismo. No necesitas labrar nada.

Las obras están terminadas. El principio por el cual todas las cosas son hechas, y sin el cual no hay nada hecho que haya sido hecho, es eterno.

Tú eres este principio. Tu conciencia de ser es esta ley eterna. Nunca has expresado nada que no fueras consciente de ser, y nunca lo harás. Asume la conciencia de aquello que deseas expresar. Reclámalo hasta que se vuelva una manifestación natural. Siéntelo y vive dentro de ese sentimiento hasta que lo hagas tu naturaleza.

Aquí hay una fórmula sencilla. Aparta tu atención de tu presente concepción de ti mismo y posala sobre ese ideal tuyo, el ideal que hasta ahora habías creído fuera de tu alcance. Reclama ser tu ideal, no como algo que serás en el tiempo, sino como aquello que eres en el presente inmediato.

Haz esto, y tu presente mundo de limitaciones se desintegrará a medida que tu nuevo reclamo se eleve como el fénix de sus cenizas. "No temáis ni os amedrentéis delante de esta gran multitud; porque no es vuestra la guerra, sino de Dios" [Segunda de Crónicas 20:15]. No luchas contra tu problema; tu problema solo vivirá mientras seas consciente de él.

Aparta tu atención de tu problema y de la multitud de razones por las que no puedes alcanzar tu ideal. Concentra tu atención enteramente en la cosa deseada. "Deja todo y sígueme" [Mateo

8:22; 9:9; Lucas 5:27]. Frente a obstáculos en apariencia montañosos, reclama tu libertad.

La conciencia de la libertad es el Padre de la libertad. Tiene un modo de expresarse que ningún hombre conoce. "No tendréis que pelear en esta batalla; apostaos, estad quietos y ved la salvación del Señor con vosotros" [Segunda de Crónicas 20:17]. "YO SOY el Señor". YO SOY (tu conciencia) es el Señor. La conciencia de que la cosa está hecha, de que la obra está terminada, es el Señor de cualquier situación.

Escucha con cuidado la promesa: "No tendréis que pelear en esta batalla; apostaos, estad quietos y ved la salvación del Señor con vosotros" [Segunda de Crónicas 20:17]. ¡Con vosotros! Aquella conciencia particular con la que estás identificado es el Señor del acuerdo. Él, sin ayuda, establecerá en la tierra aquello que se acordó.

¿Puedes, frente al ejército de razones por las que una cosa no se puede hacer, entrar quietamente en un acuerdo con el Señor de que está hecha? ¿Puedes, ahora que has hallado que el Señor es tu conciencia de ser, volverte consciente de que la batalla está ganada? ¿Puedes, por más cercano y amenazante que parezca el enemigo, continuar en tu confianza, estando quieto, sabiendo que la victoria es tuya?

Si puedes, verás la salvación del Señor. Recuerda, la recompensa es para el que persevera [Mateo 24:13]. Estate quieto [Salmo 46:10]. Estar quieto es la profunda convicción de que todo está bien; está hecho. No importa lo que se oiga o se vea, permaneces inmóvil, consciente de ser victorioso al final.

Todas las cosas son hechas por tales acuerdos, y sin tal acuerdo no hay nada hecho que haya sido hecho [Juan 1:3]. "YO SOY EL QUE SOY" [Éxodo 3:14]. En el Apocalipsis se registra que aparecerán un nuevo cielo y una nueva tierra [21:1]. A Juan, a quien se mostró esta visión, se le dijo que escribiera: "Hecho está" [21:6].

El cielo es tu conciencia, y la tierra su estado solidificado. Por lo tanto, acepta como hizo Juan: "Hecho está". Todo lo que se requiere de ti, que buscas un cambio, es elevarte al nivel de aquello que deseas; sin detenerte en la manera de la expresión, registra que está hecho sintiendo la naturalidad de serlo.

Aquí hay una analogía que podría ayudarte a ver este misterio.

Supón que entraras en un cine justo cuando la película principal llega a su fin. Todo lo que viste de la película fue el final feliz. Como querías ver toda la historia, esperaste a que se desplegara de nuevo. Con la secuencia anticlimática, se muestra al héroe acusado, rodeado de falsas evidencias, y todo lo que sirve para arrancar lágrimas al público. Pero tú, seguro en el

conocimiento del final, permaneces en calma con la comprensión de que, sin importar la aparente dirección de la película, el final ya ha sido definido.

De igual manera, ve al final de aquello que buscas; sé testigo de su final feliz sintiendo conscientemente que expresas y posees aquello que deseas expresar y poseer; y tú, por la fe, comprendiendo ya el final, tendrás una confianza nacida de este conocimiento. Este conocimiento te sostendrá a través del necesario intervalo de tiempo que tarda la película en desplegarse.

No pidas ayuda a ningún hombre; siente "Hecho está" reclamando conscientemente ser, ahora, aquello que como hombre esperas ser.

Cambia tu concepción de ti mismo y cambiarás automáticamente el mundo en que vives.

Capítulo Siete: HÁGASE TU VOLUNTAD

"No se haga mi voluntad, sino la tuya". (Lucas 22:42).

"No se haga mi voluntad, sino la tuya" [Lucas 22:42; "Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad", Mateo 26:42; "Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres", Marcos 14:36]. Esta resignación no es

una de ciega realización de que "Yo nada puedo hacer por mí mismo; el Padre que está en mí, él hace la obra" ["No puedo yo hacer nada por mí mismo: según oigo, juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me envió", Juan 5:30; "¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo; mas el Padre que mora en mí, él hace las obras", Juan 14:10].

Cuando el hombre quiere por su voluntad, intenta hacer que algo que ahora no existe aparezca en el tiempo y el espacio. Demasiado a menudo no somos conscientes de lo que en realidad estamos haciendo. Inconscientemente afirmamos que no poseemos las capacidades para expresar. Basamos nuestro deseo en la esperanza de adquirir las capacidades necesarias en un tiempo futuro. "YO no SOY, pero seré".

El hombre no se da cuenta de que la conciencia es el Padre que hace la obra, así que intenta expresar aquello de lo que no es consciente de ser. Tales luchas están condenadas al fracaso; solo el presente se expresa a sí mismo. A menos que sea consciente de ser aquello que busco, no lo hallaré.

Dios (tu conciencia) es la sustancia y plenitud de todo. La voluntad de Dios es el reconocimiento de aquello que es, no de aquello que será. En lugar de ver este dicho como "Tu voluntad será hecha", velo como "Tu voluntad está hecha". Las

obras están terminadas. El principio por el cual todas las cosas se hacen visibles es eterno.

"Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni han subido al corazón del hombre las cosas que Dios ha preparado para los que aman la ley" ["Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman", Primera de Corintios 2:9-10].

Cuando un escultor mira un trozo informe de mármol, ve, sepultada dentro de su masa informe, su obra de arte terminada. El escultor, en lugar de hacer su obra maestra, simplemente la revela removiendo aquella parte del mármol que oculta su concepción. Lo mismo se aplica a ti. En tu conciencia sin forma yace sepultado todo aquello que jamás te concebirás ser.

El reconocimiento de esta verdad te transformará de un obrero no diestro que trata de hacer que algo sea, en un gran artista que reconoce que ya es. Tu reclamo de que eres ahora aquello que quieres ser removerá el velo de la oscuridad humana y revelará tu reclamo perfectamente; YO SOY eso.

La voluntad de Dios se expresó en las palabras de la Viuda: "Bien está". La voluntad del hombre habría sido: "Estará bien". Decir "Estaré bien" es decir "Estoy enfermo". Dios, el Eterno Ahora, no es burlado por palabras o vanas repeti-

ciones. Dios continuamente personifica aquello que es. Así, la resignación de Jesús (que se hizo igual a Dios) fue apartarse del reconocimiento de la carencia (que el futuro indica con "Seré") al reconocimiento de la provisión, reclamando: "YO SOY eso; está hecho; gracias, Padre".

Ahora verás la sabiduría en las palabras del profeta cuando afirma: "Diga el débil: fuerte soy", Joel 3:10.

El hombre, en su ceguera, no atiende el consejo del profeta; continúa reclamándose débil, pobre, miserable y todas las demás expresiones indeseables de las que trata de liberarse, reclamando ignorantemente que será libre de estas características en la expectativa del futuro.

Tales pensamientos frustran la única ley que jamás puede liberarlo. Solo hay una puerta por la cual aquello que buscas puede entrar en tu mundo. "YO SOY la puerta" [Juan 10:9]. Cuando dices "YO SOY", declaras que eres, primera persona, tiempo presente; no hay futuro. Saber que YO SOY es ser consciente de ser.

La conciencia es la única puerta. A menos que seas consciente de ser aquello que buscas, buscas en vano.

Si juzgas según las apariencias, continuarás esclavizado por la evidencia de tus sentidos. Para romper este hechizo hipnótico de los sentidos, se te dice: "Ve dentro y cierra la puerta" ["Mas

tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto te recompensará en público", Mateo 6:6; "Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación", Isaías 26:20; "Y entrando ella, cierra la puerta tras ti y tras tus hijos", 2 Reyes 4:4; "Entró él, pues, y cerró la puerta tras ambos, y oró al Señor", 2 Reyes 4:33].

La puerta de los sentidos debe cerrarse herméticamente antes de que tu nuevo reclamo pueda ser honrado. Cerrar la puerta de los sentidos no es tan difícil como parece al principio. Se hace sin esfuerzo. Es imposible servir a dos señores al mismo tiempo [Mateo 6:24, Lucas 16:13]. El señor a quien el hombre sirve es aquello de lo que es consciente de ser. Soy Señor y Maestro de aquello de lo que soy consciente de ser.

No me cuesta esfuerzo conjurar pobreza si soy consciente de ser pobre. Mi siervo (la pobreza) está obligado a seguirme (consciente de pobreza) mientras YO SOY (el Señor) consciente de ser pobre. En lugar de luchar contra la evidencia de los sentidos, reclama ser aquello que deseas ser.

A medida que tu atención se posa en este reclamo, las puertas de los sentidos se cierran automáticamente contra tu antiguo señor (aquello de lo que eras consciente de ser). Cuando te pierdes en el sentimiento de ser (aquello que ahora reclamas

como verdadero de ti mismo), las puertas de los sentidos se abren una vez más, revelando que tu mundo es la perfecta expresión de aquello de lo que eres consciente de ser.

Sigamos el ejemplo de Jesús, quien comprendió que, como hombre, nada podía hacer para cambiar su presente cuadro de carencia. Cerró la puerta de sus sentidos contra su problema y fue a su Padre, aquel para quien todas las cosas son posibles [Mateo 19:26; Marcos 9:23; 10:27; 14:36; Lucas 18:27; Hechos 8:37].

Habiendo negado la evidencia de sus sentidos, reclamó ser todo aquello que, un momento antes, sus sentidos le decían que no era.

Sabiendo que la conciencia expresa su semejanza en la tierra, permaneció en la conciencia reclamada hasta que las puertas (sus sentidos) se abrieron y confirmaron el señorío del Señor. Recuerda, YO SOY es Señor de todo. Nunca más uses la voluntad del hombre que reclama "Seré". Sé tan resignado como Jesús y reclama: "YO SOY eso".

La voluntad de Dios es el reconocimiento de aquello que es, no de aquello que será.

Capítulo Ocho: NINGÚN OTRO DIOS

"Yo soy el primero, y yo soy el último; y fuera de mí no hay Dios". (Isaías 44:6).

"Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros dioses delante de mí". (Deuteronomio 5:6,7). "No tendrás otro Dios fuera de MÍ". Mientras el hombre albergue una creencia en un poder aparte de sí mismo, se robará a sí mismo el ser que es.

Toda creencia en poderes aparte de sí mismo, ya sea para bien o para mal, se convertirá en el molde de la imagen tallada que se adora. Las creencias en la potencia de las drogas para sanar, de las dietas para fortalecer, del dinero para asegurar, son los valores o cambistas que deben ser arrojados del templo [Mateo 21:12; Marcos 11:15; Lucas 19:45; Juan 2:14,15]; entonces el hombre podrá manifestar infaliblemente esa cualidad.

Esta comprensión arroja a los cambistas del Templo. "Vosotros sois el Templo del Dios Viviente" [Primera de Corintios 3:16; 6:19; "¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo", Segunda de Corintios 6:16], un Templo hecho sin manos.

Está escrito: "Mi casa será llamada por todas las naciones casa de oración, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" [Mateo 21:13; "porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos", Isaías 56:7].

Los ladrones que te roban son tus propias falsas creencias. Es tu creencia en una cosa, no la cosa misma, lo que te ayuda. Solo hay un poder: YO SOY ÉL. A causa de tu creencia en cosas externas, infundes poder en ellas transfiriendo el poder que eres a la cosa externa. Date cuenta de que tú mismo eres el poder que erróneamente has dado a las condiciones externas.

La Biblia compara al hombre obstinado con el camello que no podía pasar por el ojo de una aguja [Mateo 19:24; Marcos 10:25; Lucas 18:25]. El ojo de la aguja al que se refería era una pequeña puerta en las murallas de Jerusalén, tan estrecha que un camello no podía pasar por ella hasta no ser aliviado de su carga.

El hombre rico, es decir, el que está cargado de falsos conceptos humanos, no puede entrar en el Reino de los Cielos hasta no ser aliviado de su carga [Mateo 19:23], como tampoco podía el camello pasar por esta pequeña puerta. El hombre se siente tan seguro en sus leyes, opiniones y creencias hechas por el hombre que las inviste de una autoridad que no poseen.

Satisfecho de que su conocimiento lo es todo, permanece inconsciente de que todas las apariencias externas no son sino estados mentales exteriorizados. Cuando se da cuenta de que la conciencia de una cualidad exterioriza esa cualidad sin la ayuda de ningún otro o de muchos valores, establece el único valor verdadero, su propia conciencia.

"El Señor está en su santo templo" [Habacuc 2:20]. La conciencia habita dentro de aquello de lo que es consciente de ser. YO SOY es el Señor, y el hombre, su templo. Sabiendo que la conciencia se objetiva a sí misma, el hombre debe perdonar a todos los hombres por ser aquello que son. Debe darse cuenta de que todos expresan (sin la ayuda de otro) aquello de lo que son conscientes de ser.

Pedro, el hombre iluminado o disciplinado, sabía que un cambio de conciencia produciría un cambio de expresión. En lugar de compadecerse de los mendigos de la vida a la puerta del templo, declaró: "No tengo plata ni oro (para ti), pero lo que tengo (la conciencia de la libertad) te doy" [Hechos 3:6].

"Aviva el don que está en ti" ["Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti", 2 Timoteo 1:6]. Deja de mendigar y reclama ser aquello que decides ser. Haz esto y tú también saltarás de tu mundo tullido al mundo de la libertad, cantando alabanzas al Señor, YO SOY.

"Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo" ["Vosotros sois de Dios, hijitos, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo", 1 Juan 4:4]. Este es el clamor de todo aquel que halla que su conciencia de ser es Dios. Tu reconocimiento de este hecho limpiará automáticamente el templo, tu conciencia, de los ladrones y salteadores, restaurándote aquel dominio sobre las cosas que perdiste en el momento en que olvidaste el mandato: "No tendrás otro Dios fuera de MÍ".

Es tu creencia en una cosa, no la cosa misma, lo que te ayuda.

Capítulo Nueve: LA PIEDRA FUNDAMENTAL

Mire cada uno cómo edifica sobre ella. Pues nadie puede poner otro fundamento que el ya puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca; la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día la declarará. (Primera de Corintios 3:10-13).

El fundamento de toda expresión es la conciencia. Por más que el hombre lo intente, no puede hallar una causa de la manifestación distinta de su conciencia de ser. El hombre cree

haber hallado la causa de la enfermedad en los gérmenes, la causa de la guerra en ideologías políticas en conflicto y en la codicia. Todos esos descubrimientos del hombre, catalogados como la esencia de la Sabiduría, son locura a los ojos de Dios.

Solo hay un poder, y este poder es Dios (la conciencia). Mata; da vida; hiere; sana; hace todas las cosas, buenas, malas o indiferentes. El hombre se mueve en un mundo que no es más ni menos que su conciencia objetivada. No sabiendo esto, hace la guerra contra sus reflejos mientras mantiene viva la luz y las imágenes que proyectan los reflejos.

"YO SOY la luz del mundo" [Juan 8:12]. YO SOY (la conciencia) es la luz. Aquello de lo que soy consciente de ser (mi concepción de mí mismo), como "soy rico", "soy sano", "soy libre", son las imágenes. El mundo es el espejo que magnifica todo aquello de lo que SOY consciente de ser.

Deja de tratar de cambiar el mundo, pues no es más que el espejo. El intento del hombre de cambiar el mundo por la fuerza es tan infructuoso como romper un espejo con la esperanza de cambiar su rostro. Deja el espejo y cambia tu rostro. Deja al mundo en paz y cambia tus concepciones de ti mismo. El reflejo entonces será satisfactorio.

La libertad o el encarcelamiento, la satisfacción o la frustración, solo pueden diferenciarse por la conciencia de ser. Sin

importar tu problema, su duración o su magnitud, la atención cuidadosa a estas instrucciones eliminará, en un tiempo asombrosamente corto, hasta la memoria misma del problema.

Hazte esta pregunta: "¿Cómo me sentiría si fuera libre?". En el momento mismo en que hagas sinceramente esta pregunta, viene la respuesta. Ningún hombre puede decir a otro la satisfacción de su deseo cumplido. Le corresponde a cada uno experimentar dentro de sí mismo el sentimiento y la alegría de este cambio automático de conciencia.

El sentimiento o estremecimiento que viene a uno en respuesta a su propio cuestionamiento es el estado de conciencia Padre, o Piedra Fundamental, sobre la cual se edifica el cambio consciente. Nadie sabe cómo se encarnará este sentimiento, pero lo hará; el Padre (la conciencia) tiene caminos que ningún hombre conoce [Romanos 11:33]; es la ley inalterable.

Todas las cosas expresan su naturaleza. A medida que llevas puesto un sentimiento, este se vuelve tu naturaleza. Podría tomar un momento o un año; depende enteramente del grado de convicción. A medida que las dudas se desvanecen y puedes sentir "YO SOY esto", empiezas a desarrollar el fruto o la naturaleza de aquello que te sientes ser.

Cuando una persona compra un sombrero nuevo o un par de zapatos nuevos, cree que todos saben que son nuevos. Se

siente antinatural con sus prendas recién adquiridas hasta que se vuelven parte de él. Lo mismo se aplica al llevar puestos los nuevos estados de conciencia. Cuando te haces la pregunta "¿Cómo me sentiría si mi deseo se realizara en este momento?", la respuesta automática, hasta que el tiempo y el uso la acondicionen debidamente, es en realidad perturbadora.

El periodo de ajuste para realizar este potencial de la conciencia es comparable a la novedad de la prenda de vestir. No sabiendo que la conciencia siempre se está representando hacia afuera en las condiciones a tu alrededor, como la mujer de Lot, miras continuamente atrás, a tu problema, y de nuevo quedas hipnotizado por su aparente naturalidad [Génesis 19].

Atiende las palabras de Jesús (la salvación): "Deja todo y sígueme" [Mateo 4:19; Mateo 8:22; Mateo 16:24; Mateo 19:21; Marcos 1:17; Marcos 8:34; Marcos 10:21; Lucas 9:23; Lucas 18:22]. "Deja que los muertos entierren a sus muertos" [Mateo 8:22; Lucas 9:60]. Tu problema podría tenerte tan hipnotizado por su aparente realidad y naturalidad que te resulte difícil llevar puesto el nuevo sentimiento o conciencia de tu salvador.

Debes asumir esta vestidura si quieres tener resultados. La piedra (la conciencia) que los edificadores desecharon (no quisieron llevar puesta) es la principal piedra angular, y ningún hombre puede poner otro fundamento.

Deja el espejo y cambia tu rostro. Deja al mundo en paz y cambia tus concepciones de ti mismo.

Capítulo Diez: AL QUE TIENE

Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que parece tener se le quitará. (Lucas 8:18). La Biblia, que es el mayor libro psicológico jamás escrito, advierte al hombre que esté atento a lo que oye; luego sigue esta advertencia con la afirmación: "Al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará".

Aunque muchos miran esta afirmación como uno de los dichos más crueles e injustos atribuidos a Jesús, sigue siendo una ley justa y misericordiosa basada en el principio inmutable de la expresión de la vida. La ignorancia del hombre acerca del funcionamiento de la ley no lo excusa ni lo salva de los resultados. La ley es impersonal y por lo tanto no hace acepción de personas [Hechos 10:34; Romanos 2:11].

Se advierte al hombre que sea selectivo en aquello que oye y acepta como verdadero. Todo lo que el hombre acepta como verdadero deja una impresión en su conciencia y debe, con el tiempo, definirse como prueba o refutación. El oído perceptivo es el medio perfecto a través del cual el hombre registra las impresiones.

El hombre debe disciplinarse para oír solo aquello que quiere oír, sin importar los rumores o la evidencia de sus sentidos en sentido contrario. A medida que acondiciona su oído perceptivo, reaccionará solo a aquellas impresiones que ha decidido. Esta ley nunca falla. Plenamente acondicionado, el hombre se vuelve incapaz de oír otra cosa que aquello que contribuye a su deseo.

Dios, como has descubierto, es aquella conciencia incondicionada que te da todo aquello de lo que eres consciente de ser. Ser consciente de ser o tener cualquier cosa es ser o tener aquello de lo que eres consciente de ser. Sobre este principio inmutable descansan todas las cosas. Es imposible que algo sea distinto de aquello de lo que es consciente de ser.

"Al que tiene (aquello de lo que es consciente de ser) se le dará". Bueno, malo o indiferente, no importa, el hombre recibe multiplicado cien veces aquello de lo que es consciente de ser. En consonancia con esta ley inmutable, "Al que no tiene, se le quitará y se añadirá al que tiene"; el rico se hace más rico y el pobre más pobre. Solo puedes magnificar aquello de lo que eres consciente de ser.

Todas las cosas gravitan hacia aquella conciencia con la que están en sintonía. Asimismo, todas las cosas se desenredan de aquella conciencia con la que están fuera de sintonía. Divide la riqueza del mundo equitativamente entre todos los hombres, y

en poco tiempo esta división igual quedará tan desproporcionada como originalmente. La riqueza hallará su camino de regreso a los bolsillos de aquellos de quienes fue tomada.

En lugar de unirte al coro de los que no tienen, que insisten en destruir a los que tienen, reconoce esta ley inmutable de la expresión. Defínete conscientemente como aquello que deseas. Una vez definido, establecido tu reclamo consciente, continúa en esta confianza hasta recibir la recompensa.

Tan ciertamente como el día sigue a la noche, cualquier atributo conscientemente reclamado se manifestará. Así, lo que para el mundo ortodoxo dormido es una ley cruel e injusta se vuelve, para el iluminado, una de las afirmaciones de verdad más misericordiosas y justas. "No he venido a destruir, sino a cumplir" [Mateo 5:17]. Nada se destruye en realidad. Cualquier aparente destrucción es resultado de un cambio de conciencia.

La conciencia siempre llena por completo el estado en que mora. El estado del cual la conciencia se desprende parece, a los no familiarizados con esta ley, destructivo. Sin embargo, esto es solo preparatorio para un nuevo estado de conciencia. Reclama ser aquello que quieres ver lleno por completo.

"Nada se destruye. Todo se cumple". "Al que tiene se le dará".

Todas las cosas gravitan hacia aquella conciencia con la que están en sintonía.

Capítulo Once: NAVIDAD

"He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que traducido es: Dios con nosotros". (Mateo 1:23).

Una de las afirmaciones más controvertidas del Nuevo Testamento concierne a la concepción virginal y el subsiguiente nacimiento de Jesús, una concepción en la que el hombre no tuvo parte. Se registra que una Virgen concibió un Hijo sin la ayuda de varón, y luego, secreta y sin esfuerzo, dio a luz su concepción.

Este es el fundamento sobre el cual descansa toda la cristiandad. Se le pide al mundo cristiano que crea esta historia, pues el hombre debe creer lo increíble para expresar plenamente la grandeza que es.

Científicamente, el hombre podría inclinarse a descartar toda la Biblia como falsa, porque su razón no le permite creer que el nacimiento virginal sea fisiológicamente posible; pero la Biblia es un mensaje del alma y debe interpretarse psicológicamente si el hombre ha de descubrir su verdadera simbología.

El hombre debe ver esta historia como un drama psicológico más que como una afirmación de hecho físico. Al hacerlo, descubrirá que la Biblia se basa en una ley que, aplicada a uno mismo, resultará en una expresión manifestada que trasciende sus más descabellados sueños de logro. Para aplicar esta ley de la autoexpresión, el hombre debe estar formado en la creencia y disciplinado para pararse sobre la plataforma de que "todas las cosas son posibles para Dios" [Mateo 19:26; Marcos 9:23; 10:27; 14:36; Lucas 18:27; Hechos 8:37].

Las fechas dramáticas más destacadas del Nuevo Testamento, a saber, el nacimiento, la muerte y la resurrección de Jesús, fueron sincronizadas y fechadas para coincidir con ciertos fenómenos astronómicos. Los místicos que registraron esta historia notaron que en ciertas estaciones del año los cambios benéficos en la tierra coincidían con cambios astronómicos en lo alto.

Al escribir este drama psicológico, han personificado la historia del alma como la biografía del hombre. Usando estos cambios cósmicos, han marcado el Nacimiento y la Resurrección de Jesús para transmitir que los mismos cambios benéficos tienen lugar psicológicamente en la conciencia del hombre a medida que sigue la ley.

Aun para quienes no la comprenden, la historia de la Navidad es una de las más hermosas jamás contadas. Cuando se despl-

iega a la luz de su simbología mística, se revela como el verdadero nacimiento de toda manifestación en el mundo. Este nacimiento virginal se registra como ocurrido el 25 de diciembre o, como ciertas sociedades secretas lo celebran, en la Nochebuena, a la medianoche del 24 de diciembre.

Los místicos establecieron esta fecha para marcar el nacimiento de Jesús porque concordaba con los grandes beneficios terrenales que este cambio astronómico significa. Las observaciones astronómicas que llevaron a los autores de este drama a usar estas fechas se hicieron todas en el hemisferio norte; así que, desde un punto de vista astronómico, lo contrario sería cierto si se viera desde las latitudes del sur.

Sin embargo, esta historia fue registrada en el norte y por lo tanto se basó en la observación del norte. El hombre muy temprano descubrió que el sol desempeñaba un papel importantísimo en su vida, que sin el sol la vida física, tal como él la conocía, no podría ser. Así que estas fechas tan importantes en la historia de la vida de Jesús se basan en la posición del sol vista desde la tierra en las latitudes del norte.

Después de que el sol alcanza su punto más alto en los cielos en junio, gradualmente cae hacia el sur, llevándose consigo la vida del mundo vegetal, de modo que para diciembre casi toda la naturaleza ha quedado aquietada. Si el sol continuara

cayendo hacia el sur, toda la naturaleza quedaría aquietada hasta la muerte.

Sin embargo, el 25 de diciembre el sol comienza su gran movimiento hacia el norte, trayendo consigo la promesa de salvación y vida nueva para el mundo. Cada día, a medida que el sol se eleva más alto en los cielos, el hombre gana confianza de ser salvado de la muerte por el frío y el hambre, pues sabe que, a medida que se mueve hacia el norte y cruza el ecuador, toda la naturaleza se levantará de nuevo, será resucitada de su largo sueño invernal.

Nuestro día se mide de medianoche a medianoche y, puesto que el día visible comienza en el oriente y termina en el occidente, los antiguos decían que el día nacía de aquella constelación que ocupaba el horizonte oriental a medianoche. En Nochebuena, o a la medianoche del 24 de diciembre, la constelación Virgo se eleva en el horizonte oriental.

Así se registra que este Hijo y Salvador del mundo nació de una virgen. También se registra que esta madre virgen viajaba en la noche, que se detuvo en una posada y se le dio la única habitación disponible entre los animales, y allí, en un pesebre, donde los animales se alimentaban, los pastores hallaron al Santo Niño.

Los animales con quienes se alojó la Santa Virgen son los animales sagrados del zodiaco. Allí, en ese círculo en constante movimiento de animales astronómicos, está la Santa Madre, Virgo, y allí la verás cada medianoche del 24 de diciembre, de pie en el horizonte oriental, mientras el sol y salvador del mundo inicia su viaje hacia el norte.

Psicológicamente, este nacimiento tiene lugar en el hombre el día en que el hombre descubre que su conciencia es el sol y salvador de su mundo. Cuando el hombre conozca el significado de esta mística afirmación, "YO SOY la luz del mundo" [Mateo 5:14; Juan 8:12], se dará cuenta de que su YO SOY, o conciencia, es el sol de su vida, sol que irradia imágenes sobre la pantalla del espacio. Estas imágenes están a la semejanza de aquello de lo que él, como hombre, es consciente de ser. Así, las cualidades y atributos que parecen moverse sobre la pantalla de su mundo son en realidad proyecciones de esta luz desde dentro de sí mismo.

Las innumerables esperanzas y ambiciones no realizadas del hombre son las semillas que están sepultadas dentro de la conciencia o vientre virginal del hombre. Allí permanecen como las semillas de la tierra, retenidas en el yermo helado del invierno, esperando que el sol se mueva hacia el norte, o que el hombre regrese al conocimiento de quién es. Al regresar, se

mueve hacia el norte mediante el reconocimiento de su verdadero yo, reclamando "YO SOY la luz del mundo".

Cuando el hombre descubra que su conciencia o YO SOY es Dios, el salvador de su mundo, será como el sol en su paso hacia el norte. Todos los impulsos y ambiciones ocultos serán entonces calentados y estimulados al nacimiento por este conocimiento de su verdadero yo. Reclamará que es aquello que hasta ahora esperaba ser.

Sin la ayuda de ningún hombre, se definirá como aquello que desea expresar. Descubrirá que su YO SOY es la virgen que concibe sin la ayuda de varón, que todas las concepciones de sí mismo, cuando se sienten y se fijan en la conciencia, se encarnarán fácilmente como realidades vivientes en su mundo.

El hombre un día se dará cuenta de que todo este drama tiene lugar en su conciencia, que su conciencia incondicionada o YO SOY es la Virgen María que desea expresar, que mediante esta ley de la autoexpresión se define como aquello que desea expresar, y que sin la ayuda o cooperación de nadie expresará aquello que conscientemente ha reclamado y definido ser.

Entonces comprenderá: por qué la Navidad está fijada en el 25 de diciembre, mientras que la Pascua es una fecha movable; por qué sobre la concepción virginal descansa toda la cristiandad; que su conciencia es el vientre virginal o esposa del Señor

que recibe impresiones como autoimpregnaciones y luego, sin ayuda, encarna estas impresiones como las expresiones de su vida.

Todas las concepciones de sí mismo, cuando se sienten y se fijan en la conciencia, se encarnarán fácilmente como realidades vivientes en su mundo.

Capítulo Doce: CRUCIFIXIÓN Y RESURRECCIÓN

"YO SOY la Resurrección y la Vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá". (Juan 11:25).

El misterio de la crucifixión y la resurrección están tan entrelazados que, para ser plenamente comprendidos, los dos deben explicarse juntos, pues uno determina al otro. Este misterio se simboliza en la tierra en los rituales del Viernes Santo y la Pascua. Has observado que el aniversario de este suceso cósmico, anunciado cada año por la iglesia, no es una fecha fija como otros aniversarios que marcan nacimientos y muertes, sino que este día cambia de año en año, cayendo en cualquier punto entre el 22 de marzo y el 25 de abril.

El día de la resurrección se determina de esta manera. El primer domingo después de la luna llena en Aries se celebra

como Pascua. Aries comienza el 21 de marzo y termina aproximadamente el 19 de abril. La entrada del sol en Aries marca el comienzo de la primavera. La luna, en su tránsito mensual alrededor de la tierra, formará en algún momento entre el 21 de marzo y el 25 de abril una oposición al sol, oposición que se llama luna llena. El primer domingo después de que ocurre este fenómeno de los cielos se celebra como Pascua; el viernes que precede a este día se observa como Viernes Santo.

Esta fecha movable debería decir al observador que busque alguna interpretación distinta de la comúnmente aceptada. Estos días no marcan los aniversarios de la muerte y resurrección de un individuo que vivió en la tierra.

Visto desde la tierra, el sol, en su paso hacia el norte, parece cruzar, en la estación primaveral del año, la línea imaginaria que el hombre llama el ecuador. Así dice el místico que es atravesado o crucificado para que el hombre viva. Es significativo que poco después de que ocurre este suceso, toda la naturaleza empieza a levantarse o resucitar de su largo sueño invernal. Por lo tanto, puede concluirse que esta agitación de la naturaleza, en esta estación del año, se debe directamente a este cruce. Así, se cree que el sol debe derramar su sangre en la Pascua.

Si estos días marcaran la muerte y resurrección de un hombre, serían fijos, de modo que caerían en la misma fecha cada año,

como están fijos todos los demás sucesos históricos; pero obviamente este no es el caso. Estas fechas no pretendían marcar los aniversarios de la muerte y resurrección de Jesús, el hombre.

Las Escrituras son dramas psicológicos y revelarán su significado solo cuando se interpreten psicológicamente.

Estas fechas se ajustan para coincidir con el cambio cósmico que ocurre en esta época del año, marcando la muerte del año viejo y el comienzo o resurrección del año nuevo o primavera. Estas fechas sí simbolizan la muerte y resurrección del Señor; pero este Señor no es un hombre; es tu conciencia de ser.

Se registra que él dio su vida para que tú vivieras: "YO SOY venido para que tengáis vida, y para que la tengáis en abundancia" [Juan 10:10]. La conciencia se da muerte a sí misma desprendiéndose de aquello de lo que es consciente de ser, para poder vivir a aquello que desea ser. La primavera es la época del año en que los millones de semillas que todo el invierno yacieron sepultadas en la tierra de pronto saltan a la visibilidad para que el hombre viva; y, como el drama místico de la crucifixión y la resurrección es de la naturaleza de este cambio anual, se celebra en esta estación primaveral del año; pero, en realidad, está teniendo lugar en cada momento del tiempo.

El ser que es crucificado es tu conciencia de ser. La cruz es tu concepción de ti mismo. La resurrección es el levantamiento a la visibilidad de esta concepción de ti mismo. Lejos de ser un día de duelo, el Viernes Santo debería ser un día de regocijo, pues no puede haber resurrección o expresión a menos que haya primero una crucifixión o impresión.

Lo que ha de resucitar en tu caso es aquello que deseas ser. Para hacer esto, debes sentirte ser la cosa deseada. Debes sentir "YO SOY la resurrección y la vida del deseo". YO SOY (tu conciencia de ser) es el poder que resucita y da vida a aquello que en tu conciencia deseas ser.

"Si dos se pusieren de acuerdo en cuanto a cualquier cosa, yo lo estableceré en la tierra" ["Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos", Mateo 18:19]. Los dos que se ponen de acuerdo eres tú (tu conciencia, la conciencia que desea) y la cosa deseada. Cuando se alcanza este acuerdo, la crucifixión se completa; dos se han cruzado o atravesado el uno al otro.

YO SOY y ESO, la conciencia y aquello de lo que eres consciente de ser, se han unido y son uno; YO SOY ahora clavado o fijado en la creencia de que YO SOY esta fusión. Jesús o YO SOY está clavado sobre la cruz de eso. El clavo que te sujeta a la cruz es el clavo del sentimiento. La unión mística está ahora

consumada, y el resultado será el nacimiento de un niño o la resurrección de un hijo que da testimonio de su Padre.

La conciencia está unida a aquello de lo que es consciente de ser. El mundo de la expresión es el niño que confirma esta unión. El día en que dejes de ser consciente de ser aquello de lo que ahora eres consciente de ser, ese día tu niño o expresión morirá y regresará al seno de su padre, la conciencia sin rostro y sin forma.

Todas las expresiones son el resultado de tales uniones místicas. Así que los sacerdotes tienen razón cuando dicen que los verdaderos matrimonios se hacen en el cielo y solo pueden disolverse en el cielo. Pero permíteme aclarar esta afirmación diciéndote que el cielo no es un lugar; es un estado de conciencia.

El Reino de los Cielos está dentro de ti [Lucas 17:21]. En el cielo (la conciencia) Dios es tocado por aquello de lo que es consciente de ser. "¿Quién me ha tocado? Pues yo percibo que ha salido virtud de mí" ["¿Quién me ha tocado? Y Jesús dijo: Alguien me ha tocado, porque yo he conocido que ha salido virtud de mí", Lucas 8:45,46; Marcos 5:30].

En el momento en que este tocar (sentir) tiene lugar, hay una descendencia o un salir-de-mí a la visibilidad. El día en que el hombre siente "YO SOY libre", "YO SOY rico", "YO SOY

fuerte", Dios (YO SOY) es tocado o crucificado por estas cualidades o virtudes. Los resultados de tal tocar o crucificar se verán en el nacimiento o resurrección de las cualidades sentidas, pues el hombre debe tener confirmación visible de todo aquello de lo que es consciente de ser.

Ahora sabrás por qué el hombre o la manifestación siempre se hace a la imagen de Dios. Tu conciencia imagina y representa hacia afuera todo aquello de lo que eres consciente de ser. "YO SOY el Señor y fuera de mí no hay Dios" [Isaías 45:5,6]. "YO SOY la Resurrección y la Vida" [Juan 11:25].

Quedarás fijado en la creencia de que eres aquello que deseas ser. Antes de tener prueba visible de que eres, sabrás, por la profunda convicción que has sentido fijada dentro de ti, que eres; y así, sin esperar la confirmación de tus sentidos, clamarás: "Consumado es" [Juan 19:30].

Entonces, con una fe nacida del conocimiento de esta ley inmutable, serás como uno muerto y sepultado; estarás quieto e inmóvil en tu convicción y confiado en que resucitarás las cualidades que has fijado y estás sintiendo dentro de ti.

| *YO SOY la resurrección y la vida del deseo.*

Capítulo Trece: LAS IM-PRESIONES

"Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial". (Corintios 15:49).

Tu conciencia o tu YO SOY es el potencial ilimitado sobre el cual se hacen las impresiones. Las im-presiones son estados definidos presionados sobre tu YO SOY. Tu conciencia o tu YO SOY puede compararse a una película sensible. En su estado virginal, es potencialmente ilimitada. Puedes imprimir o registrar un mensaje de amor o un himno de odio, una maravillosa sinfonía o un jazz discordante. No importa cuál sea la naturaleza de la impresión; tu YO SOY, sin un murmullo, recibirá y sostendrá de buena gana todas las impresiones.

Tu conciencia es aquel de quien se habla en Isaías 53:3-7. "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos". "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido".

"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". "Todos nosotros nos descarri-

amos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros".

"Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca". Tu conciencia incondicionada es impersonal; no hace acepción de personas [Hechos 10:34; Romanos 2:11].

Sin pensamiento ni esfuerzo, expresa automáticamente cada impresión que se registra sobre ella. No objeta ninguna impresión que se coloque sobre ella pues, aunque es capaz de recibir y expresar todos y cada uno de los estados definidos, permanece para siempre como un potencial inmaculado e ilimitado.

Tu YO SOY es el fundamento sobre el cual descansa el estado definido o concepción de ti mismo; pero no está definido por, ni depende de, tales estados definidos para su ser. Tu YO SOY ni se expande ni se contrae; nada lo altera ni le añade. Antes de que cualquier estado definido fuese, ELLO es. Cuando todos los estados dejen de ser, ELLO es. Todos los estados definidos o concepciones de ti mismo no son sino expresiones efímeras de tu ser eterno.

Ser impreso es ser im-presos (YO SOY presos, primera persona, tiempo presente). Todas las expresiones son el resultado de las

im-presiones. Solo en la medida en que reclames ser aquello que deseas ser expresarás tales deseos. Que todos los deseos se vuelvan impresiones de cualidades que son, no de cualidades que serán. YO SOY (tu conciencia) es Dios, y Dios es la plenitud de todo, el Eterno AHORA, YO SOY.

No tomes pensamiento del mañana; las expresiones del mañana están determinadas por las impresiones de hoy. "Ahora es el tiempo aceptable" [Corintios 6:2, Isaías 49:8]. "El Reino de los Cielos está cerca" [Mateo 4:17]. Jesús (la salvación) dijo: "YO SOY con vosotros siempre" [Mateo 28:20]. Tu conciencia es el salvador que está contigo siempre; pero, si lo niegas, él también te negará a ti [Mateo 10:33; Lucas 12:9]. Lo niegas al reclamar que aparecerá, como millones hoy reclaman que la salvación ha de venir; esto equivale a decir: "No estamos salvados".

Debes dejar de buscar que tu salvador aparezca y empezar a reclamar que ya estás salvado, y las señales de tus reclamos seguirán. Cuando se preguntó a la viuda qué tenía en su casa, hubo reconocimiento de sustancia; su reclamo fue unas gotas de aceite [Reyes 4:1-6]. Unas gotas se convertirán en un chorro si se reclaman debidamente. Tu conciencia magnifica toda conciencia.

Reclamar que tendré aceite (gozo) es confesar que tengo medidas vacías. Tales impresiones de carencia producen carencia.

Dios, tu conciencia, no hace acepción de personas [Hechos 10:34; Romanos 2:11]. Puramente impersonal, Dios, esta conciencia de toda existencia, recibe impresiones, cualidades y atributos que definen la conciencia, a saber, tus impresiones.

Cada deseo tuyo debería estar determinado por la necesidad. Las necesidades, sean aparentes o reales, se cumplirán automáticamente cuando se acojan con suficiente intensidad de propósito como deseos definidos. Sabiendo que tu conciencia es Dios, deberías mirar cada deseo como la palabra hablada de Dios, diciéndote aquello que es.

"Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; pues ¿de qué es él estimado?" [Isaías 2:22].

Somos siempre aquello que está definido por nuestra conciencia. Nunca reclames "Seré eso". Que todo reclamo sea de ahora en adelante: "YO SOY EL QUE SOY". Antes de que pidamos, somos respondidos. La solución de cualquier problema asociado al deseo es obvia. Cada problema produce automáticamente el deseo de su solución. El hombre está formado en la creencia de que sus deseos son cosas contra las cuales debe luchar. En su ignorancia, niega a su salvador, que está constantemente llamando a la puerta de la conciencia para que lo dejen entrar (YO SOY la puerta).

¿No te salvaría tu deseo, si se realizara, de tu problema? Dejar entrar a tu salvador es la cosa más fácil del mundo. Las cosas deben ser, para ser dejadas entrar. Eres consciente de un deseo; el deseo es algo de lo que eres consciente ahora. Tu deseo, aunque invisible, debe ser afirmado por ti como algo que es real.

"Dios llama las cosas que no son (que no se ven) como si fuesen" [Romanos 4:17]. Reclamando que YO SOY la cosa deseada, dejo entrar al salvador. "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" [Apocalipsis 3:20].

Cada deseo es el llamado del salvador a la puerta. Este llamado lo oye todo hombre. El hombre abre la puerta cuando reclama: "YO SOY ÉL". Procura dejar entrar a tu salvador. Deja que la cosa deseada se presione sobre ti hasta que estés im-preso con la actualidad de tu salvador; entonces pronuncia el grito de victoria: "Consumado es" [Juan 19:30].

Las expresiones del mañana están determinadas por las impresiones de hoy.

Capítulo Catorce: LA CIRCUNCISIÓN

"En quien también fuisteis circuncidados con circuncisión hecha sin manos, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso

de la carne, en la circuncisión de Cristo". (Colosenses 2:11).

La circuncisión es la operación que remueve el velo que oculta la cabeza de la creación. El acto físico nada tiene que ver con el acto espiritual. El mundo entero podría estar físicamente circuncidado y, sin embargo, permanecer inmundo y como ciegos guías de ciegos. Los espiritualmente circuncidados han tenido el velo de la oscuridad removido y se conocen a sí mismos como Cristo, la luz del mundo.

Permíteme ahora realizar la operación espiritual en ti, lector. Este acto se realiza al octavo día después del nacimiento, no porque este día tenga alguna significación especial o difiera de algún modo de otros días, sino porque ocho es la cifra que no tiene ni principio ni fin.

Además, los antiguos simbolizaban el octavo numeral o letra como un recinto o velo dentro y detrás del cual yacía sepultado el misterio de la creación. Así, el secreto de la operación al octavo día concuerda con la naturaleza del acto, acto que consiste en revelar la eterna cabeza de la creación, ese algo inmutable en el que todas las cosas comienzan y terminan y que, sin embargo, permanece como su yo eterno cuando todas las cosas dejan de ser.

Este misterioso algo es tu conciencia de ser. En este momento eres consciente de ser, pero también eres consciente de ser al-

guien. Este alguien es el velo que oculta el ser que realmente eres. Eres primero consciente de ser, luego eres consciente de ser hombre. Después de que el velo del hombre se coloca sobre tu yo sin rostro, te vuelves consciente de ser miembro de cierta raza, nación, familia, credo, etc.

El velo que ha de levantarse en la circuncisión espiritual es el velo del hombre.

Pero antes de que esto pueda hacerse, debes cortar las adherencias de raza, nación, familia, etc. "En Cristo no hay ni griego ni judío, ni esclavo ni libre, ni varón ni mujer" ["una renovación en la cual no hay distinción entre griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino que Cristo es todo, y en todos", Colosenses 3:11].

"Debes dejar padre, madre, hermano y seguirme" ["Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo", Lucas 14:26]. Para lograr esto dejas de identificarte con estas divisiones volviéndote indiferente a tales reclamos. La indiferencia es el cuchillo que corta. El sentimiento es el lazo que ata.

Cuando puedas mirar al hombre como una gran hermandad sin distinción de raza o credo, entonces sabrás que has cortado estas adherencias. Cortados estos lazos, todo lo que ahora te

separa de tu verdadero ser es tu creencia de que eres hombre. Para remover este último velo, sueltas tu concepción de ti mismo como hombre conociéndote simplemente como ser.

En lugar de la conciencia de "YO SOY hombre", haya solo "YO SOY", sin rostro, sin forma y sin figura. Estás espiritualmente circuncidado cuando la conciencia del hombre es soltada y tu conciencia incondicionada de ser se te revela como la eterna cabeza de la creación, una presencia sin forma, sin rostro, omnisciente.

Entonces, desvelado y despierto, declararás y sabrás que YO SOY es Dios, y fuera de mí, esta conciencia, no hay Dios.

Este misterio se cuenta simbólicamente en la historia bíblica de Jesús lavando los pies de sus discípulos. Se registra que Jesús se quitó sus vestiduras, tomó una toalla y se ceñó. Luego, después de lavar los pies de sus discípulos, los secó con la toalla con que estaba ceñido. Pedro protestó por el lavado de sus pies y se le dijo que, a menos que sus pies fueran lavados, no tendría parte con Jesús. Pedro, al oír esto, respondió: "Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús respondió y dijo: "El que está lavado no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio" [Juan 13:1-10].

El sentido común diría al lector que un hombre no está limpio por completo solo porque sus pies estén lavados. Por lo tanto,

debería descartar esta historia como fantástica o bien buscar su significado oculto. Toda historia de la Biblia es un drama psicológico que tiene lugar en la conciencia del hombre, y esta no es una excepción. Este lavado de los pies de los discípulos es la mística historia de la circuncisión espiritual, o la revelación de los secretos del Señor.

Jesús es llamado el Señor. Se te dice que el nombre del Señor es YO SOY, Je Suis. "YO SOY el Señor; ese es mi nombre", Isaías 42:8. La historia afirma que Jesús estaba desnudo salvo por una toalla que cubría sus lomos o secretos. Jesús o Señor simboliza tu conciencia de ser, cuyos secretos están ocultos por la toalla (la conciencia del hombre). El pie simboliza la comprensión, que debe ser lavada de todas las creencias o concepciones humanas de sí misma por el Señor.

A medida que la toalla se remueve para secar los pies, los secretos del Señor son revelados. En resumen, el remover la creencia de que eres hombre revela tu conciencia como la cabeza de la creación. El hombre es el prepucio que oculta la cabeza de la creación. YO SOY el Señor, oculto por el velo del hombre.

YO SOY es Dios, y fuera de mí, esta conciencia, no hay Dios.

Capítulo Quince: EL INTERVALO DE TIEMPO

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". (Juan 14:1-3).

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho. Voy a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis".

El MÍ en quien debes creer es tu conciencia, el YO SOY; es Dios. Es también la casa del Padre que contiene dentro de sí misma todos los estados de conciencia concebibles. Cada estado condicionado de conciencia se llama una morada. Esta conversación tiene lugar dentro de ti mismo.

Tu YO SOY, la conciencia incondicionada, es el Cristo Jesús que habla al yo condicionado o a la conciencia de Juan Pérez. "YO SOY Juan", desde un punto de vista místico, son dos seres, a saber, Cristo y Juan. Así, voy a preparar lugar para ti,

moviéndome de tu presente estado de conciencia a aquel estado deseado.

Es una promesa de tu Cristo o conciencia de ser a tu presente concepción de ti mismo, de que dejarás tu presente conciencia y te apropiará de otra.

El hombre es tan esclavo del tiempo que, si después de haberse apropiado de un estado de conciencia que ahora el mundo no ve, este estado apropiado no se encarna de inmediato, pierde la fe en su reclamo no visto; sin tardanza lo suelta y regresa a su antiguo estado estático de ser.

A causa de esta limitación del hombre, he hallado muy útil emplear un intervalo de tiempo determinado para hacer este viaje a una morada preparada. "Espera un poco" [Job 36:2].

Todos hemos catalogado los diferentes días de la semana, meses del año y estaciones. Con esto quiero decir que tú y yo hemos dicho una y otra vez: "Vaya, hoy se siente justo como un domingo" o "como un lunes" o "como un sábado". También hemos dicho en pleno verano: "Vaya, esto se siente y se ve como el otoño del año".

Esto es prueba positiva de que tú y yo tenemos sentimientos definidos asociados con estos diferentes días, meses y estaciones del año. A causa de esta asociación, podemos en cualquier momento morar conscientemente en aquel día o

estación que hayamos seleccionado. No definas egoístamente este intervalo en días y horas porque estás ansioso de recibirlo, sino simplemente permanece en la convicción de que está hecho; el tiempo, siendo puramente relativo, debería eliminarse por completo, y tu deseo se cumplirá.

Esta capacidad de morar en cualquier punto del tiempo nos permite emplear el tiempo en nuestro viaje a la morada deseada.

Ahora yo (la conciencia) voy a un punto en el tiempo y allí preparo un lugar. Si voy a tal punto en el tiempo y preparo un lugar, regresaré a este punto en el tiempo donde te dejé; y te recogeré y te llevaré conmigo a aquel lugar que he preparado, para que donde YO SOY, allí estés tú también.

Permíteme darte un ejemplo de este viaje.

Supón que tuvieras un deseo intenso. Como la mayoría de los hombres que son esclavos del tiempo, podrías sentir que no podrías posiblemente realizar un deseo tan grande en un intervalo limitado. Pero admitiendo que todas las cosas son posibles para Dios, creyendo que Dios es el MÍ dentro de ti o tu conciencia de ser, puedes decir:

"Como Juan, nada puedo hacer; pero puesto que todas las cosas son posibles para Dios, y Dios sé que es mi conciencia de ser, puedo realizar mi deseo en poco tiempo. Cómo se re-

alizará mi deseo no lo sé (como Juan), pero por la ley misma de mi ser sí sé que se realizará". Con esta creencia firmemente establecida, decide cuál sería un intervalo de tiempo relativo y racional en el que tal deseo podría realizarse.

De nuevo, permíteme recordarte que no acortes el intervalo de tiempo porque estás ansioso de recibir tu deseo; hazlo un intervalo natural. Nadie puede darte el intervalo de tiempo. Solo tú puedes decir cuál sería el intervalo natural para ti. El intervalo de tiempo es relativo, es decir, no hay dos individuos que den la misma medida de tiempo para la realización de su deseo.

El tiempo está siempre condicionado por la concepción que el hombre tiene de sí mismo. La confianza en ti mismo, determinada por la conciencia condicionada, siempre acorta el intervalo de tiempo. Si estuvieras acostumbrado a grandes logros, te darías un intervalo mucho más corto para lograr tu deseo que el hombre formado en la derrota.

Si hoy fuera miércoles y decidieras que sería muy posible que tu deseo encarnara una nueva realización de ti mismo para el domingo, entonces el domingo se vuelve el punto en el tiempo que visitarías. Para hacer esta visita, excluyes el miércoles y dejas entrar el domingo. Esto se logra simplemente sintiendo que es domingo. Comienza a oír las campanas de la iglesia;

comienza a sentir la quietud del día y todo lo que el domingo significa para ti; siente realmente que es domingo.

Cuando esto se logra, siente el gozo de haber recibido aquello que el miércoles no era sino un deseo. Siente el estremecimiento completo de haberlo recibido, y luego regresa al miércoles, el punto en el tiempo que dejaste atrás. Al hacer esto, creaste un vacío en la conciencia al moverte del miércoles al domingo.

La naturaleza, que aborrece los vacíos, se precipita a llenarlo, formando así un molde a la semejanza de aquello que potencialmente creas, a saber, el gozo de haber realizado tu deseo definido. Al regresar al miércoles, estarás lleno de una expectativa gozosa, porque has establecido la conciencia de aquello que debe tener lugar el domingo siguiente.

A medida que caminas por el intervalo del jueves, viernes y sábado, nada te perturba, sin importar las condiciones, porque predeterminaste aquello que serías en el Sábado, y eso permanece como una convicción inalterable. Habiendo ido antes y preparado el lugar, has regresado a Juan y ahora lo llevas contigo a través del intervalo de tres días al lugar preparado, para que comparta tu gozo contigo, pues donde YO SOY, allí estés tú también.

El tiempo está siempre condicionado por la concepción que el hombre tiene de sí mismo.

Capítulo Dieciséis: EL DIOS TRINO

"Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". (Génesis 1:26).

Habiendo descubierto que Dios es nuestra conciencia de ser, y que esta realidad incondicionada e inmutable (el YO SOY) es el único creador, veamos por qué la Biblia registra una trinidad como creadora del mundo. En el versículo 26 del primer capítulo del Génesis se afirma: "Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen".

Las iglesias se refieren a esta pluralidad de Dioses como Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Qué se quiere decir con "Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo" nunca lo han intentado explicar, pues están a oscuras respecto a este misterio. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres aspectos o condiciones de la conciencia incondicionada de ser llamada Dios.

La conciencia de ser precede a la conciencia de ser algo. Aquella conciencia incondicionada que precedió a todos los estados de conciencia es Dios, YO SOY. Los tres aspectos o divisiones condicionadas de sí misma pueden expresarse mejor de

esta manera: la actitud receptiva de la mente es aquel aspecto que recibe impresiones y por lo tanto puede compararse a un vientre o Madre.

Aquello que hace la impresión es el aspecto masculino o que presiona, y por lo tanto se conoce como Padre. La impresión, con el tiempo, se vuelve una expresión, expresión que es siempre la semejanza e imagen de la impresión; por lo tanto, este aspecto objetivado se dice que es el Hijo que da testimonio de su Padre-Madre.

Una comprensión de este misterio de la trinidad permite a quien lo comprende transformar por completo su mundo y modelarlo a su gusto. Aquí hay una aplicación práctica de este misterio.

Siéntate quietamente y decide qué es lo que más te gustaría expresar o poseer. Después de decidirlo, cierra los ojos y aparta tu atención por completo de todo lo que negaría la realización de la cosa deseada; luego asume una actitud receptiva de la mente y juega al juego de suponer, imaginando cómo te sentirías si ahora realizaras tu deseo.

Comienza a escuchar como si el espacio te hablara y te dijera que ahora eres aquello que deseas ser. Esta actitud receptiva es el estado de conciencia que debes asumir antes de que pueda hacerse una impresión. A medida que se alcanza este esta-

do mental flexible e impresionable, comienza a imprimir sobre ti mismo el hecho de que eres aquello que deseas ser, reclamando y sintiendo que ahora expresas y posees aquello que habías decidido ser y tener.

Continúa en esta actitud hasta que la impresión se haga.

A medida que contemplas ser y poseer aquello que has decidido ser y tener, notarás que con cada inhalación del aliento un estremecimiento gozoso recorre todo tu ser. Este estremecimiento aumenta en intensidad a medida que sientes cada vez más el gozo de ser aquello que reclamas ser.

Luego, en una inhalación final y profunda, todo tu ser estallará con el gozo del logro y sabrás, por tu sentimiento, que estás impregnado por Dios, el Padre. Tan pronto como la impresión se hace, abre los ojos y regresa al mundo que, unos momentos antes, habías excluido.

En esta actitud receptiva tuya, mientras contemplabas ser aquello que deseabas ser, estabas realmente realizando el acto espiritual de la generación, así que ahora, a tu regreso de esta silenciosa meditación, eres un ser preñado que lleva un niño o impresión, niño que fue inmaculadamente concebido sin la ayuda de varón.

La duda es la única fuerza capaz de perturbar la semilla o impresión; para evitar un aborto de un niño tan maravilloso,

camina en secreto a través del necesario intervalo de tiempo que tardará la impresión en volverse expresión. A ningún hombre digas de tu romance espiritual. Guarda tu secreto dentro de ti en gozo, confiado y feliz de que algún día darás a luz el hijo de tu amado expresando y poseyendo la naturaleza de tu impresión.

Entonces conocerás el misterio de "Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen". Sabrás que la pluralidad de Dioses a la que se refiere son los tres aspectos de tu propia conciencia, y que tú eres la trinidad, reunida en un cónclave espiritual para modelar un mundo a la imagen y semejanza de aquello de lo que eres consciente de ser.

Tú eres la trinidad, reunida en un cónclave espiritual para modelar un mundo a la imagen y semejanza de aquello de lo que eres consciente de ser.

Capítulo Diecisiete: LA ORACIÓN

"Cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público". (Mateo 6:6). "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá". (Marcos 11:24).

La oración es la experiencia más maravillosa que el hombre puede tener. A diferencia de los murmullos diarios de la inmensa mayoría de la humanidad en todas las tierras, que por sus vanas repeticiones esperan ganar el oído de Dios, la oración es el éxtasis de una boda espiritual que tiene lugar en la profunda y silenciosa quietud de la conciencia.

En su verdadero sentido, la oración es la ceremonia nupcial de Dios. Así como una doncella, en el día de su boda, renuncia al nombre de su familia para asumir el nombre de su esposo, de igual modo, quien ora debe renunciar a su presente nombre o naturaleza y asumir la naturaleza de aquello por lo cual ora.

Los evangelios han instruido claramente al hombre en cuanto a la realización de esta ceremonia de la siguiente manera: "Cuando ores, ve dentro en secreto y cierra la puerta, y tu Padre que ve en secreto te recompensará en público" [Mateo 6:6].

El ir dentro es el entrar en la cámara nupcial. Así como a nadie sino a los novios se le permite entrar en una sala tan sagrada como la suite nupcial en la noche de la ceremonia de la boda, de igual modo a nadie sino a quien ora y aquello por lo que ora se le permite entrar en la santa hora de la oración. Como los novios, al entrar en la suite nupcial, cierran con seguridad la puerta contra el mundo exterior, así también quien entra en la

santa hora de la oración debe cerrar la puerta de los sentidos y excluir por completo el mundo a su alrededor.

Esto se logra apartando la atención por completo de todas las cosas que no sean aquello de lo que ahora estás enamorado (la cosa deseada). La segunda fase de esta ceremonia espiritual se define en estas palabras: "Cuando ores, cree que recibes, y recibirás". A medida que contemplas gozosamente ser y poseer aquello que deseas ser y tener, has dado este segundo paso y por lo tanto estás realizando espiritualmente los actos del matrimonio y la generación.

Tu actitud receptiva de la mente, mientras oras o contemplas, puede compararse a una novia o vientre, pues es aquel aspecto de la mente que recibe las impresiones. Aquello que contemplas ser es el novio, pues es el nombre o naturaleza que asumes y por lo tanto es aquello que deja su impregnación; así, uno muere a la doncellez o naturaleza presente al asumir el nombre y naturaleza de la impregnación.

Perdido en la contemplación y habiendo asumido el nombre y naturaleza de la cosa contemplada, todo tu ser se estremece con el gozo de serlo. Este estremecimiento, que recorre todo tu ser a medida que te apropias de la conciencia de tu deseo, es la prueba de que estás a la vez casado e impregnado.

Al regresar de esta silenciosa meditación, la puerta se abre una vez más sobre el mundo que habías dejado atrás. Pero esta vez regresas como una novia preñada. Entrás al mundo como un ser cambiado y, aunque nadie sino tú sabe de este maravilloso romance, el mundo verá, en muy poco tiempo, las señales de tu preñez, pues comenzarás a expresar aquello que en tu hora de silencio te sentiste ser.

La madre del mundo o esposa del Señor se llama a propósito María, o agua, pues el agua pierde su identidad al asumir la naturaleza de aquello con lo que se mezcla; asimismo, María, la actitud receptiva de la mente, debe perder su identidad al asumir la naturaleza de la cosa deseada.

Solo en la medida en que uno esté dispuesto a renunciar a sus presentes limitaciones e identidad puede convertirse en aquello que desea ser. La oración es la fórmula por la cual se logran tales divorcios y matrimonios. "Dos se pondrán de acuerdo en cuanto a cualquier cosa, y será establecido en la tierra" [Mateo 18:19].

Los dos que se ponen de acuerdo eres tú, la novia, y la cosa deseada, el novio. A medida que se logra este acuerdo, nacerá un hijo que da testimonio de esta unión. Comienzas a expresar y poseer aquello de lo que eres consciente de ser. Orar, entonces, es reconocerte ser aquello que deseas ser, en lugar de rogar a Dios por aquello que deseas.

Millones de oraciones quedan diariamente sin respuesta porque el hombre ora a un Dios que no existe.

Siendo la conciencia Dios, uno debe buscar en la conciencia la cosa deseada asumiendo la conciencia de la cualidad deseada. Solo en la medida en que uno haga esto serán respondidas sus oraciones. Ser consciente de ser pobre mientras se ora por riquezas es ser recompensado con aquello de lo que se es consciente de ser, a saber, la pobreza.

Las oraciones, para tener éxito, deben ser reclamadas y apropiadas. Asume la conciencia positiva de la cosa deseada. Con tu deseo definido, ve quietamente dentro y cierra la puerta tras de ti. Piérdete en tu deseo; siéntete uno con él; permanece en esta fijación hasta que hayas absorbido la vida y el nombre, reclamando y sintiéndote ser y tener aquello que deseabas.

Cuando emerjas de la hora de la oración, debes hacerlo consciente de ser y poseer aquello que hasta entonces deseabas.

La oración es el éxtasis de una boda espiritual que tiene lugar en la profunda y silenciosa quietud de la conciencia.

Capítulo Dieciocho: LOS DOCE DISCÍPULOS

"Y llamando a sus doce discípulos, les dio potestad contra los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia". (Mateo 10:1).

Los doce discípulos representan las doce cualidades de la mente que pueden ser controladas y disciplinadas por el hombre.

Si se disciplinan, obedecerán en todo momento el mandato de aquel que las ha disciplinado. Estas doce cualidades en el hombre son potenciales de toda mente. No disciplinadas, sus acciones se asemejan más a las acciones de una turba que a las de un ejército entrenado y disciplinado. Todas las tormentas y confusiones que engullen al hombre pueden rastrearse directamente a estas doce características mal relacionadas de la mente humana en su presente estado dormido.

Hasta que sean despertadas y disciplinadas, permitirán que todo rumor y emoción sensual las mueva.

Cuando estas doce sean disciplinadas y puestas bajo control, aquel que logra este control les dirá: "De aquí en adelante no os llamo esclavos, sino amigos" ["Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he lla-

mado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer", Juan 15:15].

Sabe que, desde ese momento, cada atributo disciplinado de la mente lo befriendará y protegerá. Los nombres de las doce cualidades revelan sus naturalezas. Estos nombres no se les dan hasta que son llamadas al discipulado. Son: Simón, llamado después Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananeo y Judas [Mateo 10; Marcos 1; Marcos 3; Lucas 6].

La primera cualidad que ha de ser llamada y disciplinada es Simón, o el atributo de oír.

Esta facultad, cuando se eleva al nivel de discípulo, permite que solo aquellas impresiones lleguen a la conciencia que su oído le ha ordenado dejar entrar. No importa lo que la sabiduría del hombre pueda sugerir o la evidencia de sus sentidos transmitir, si tales sugerencias e ideas no concuerdan con aquello que oye, permanece inmóvil. Este ha sido instruido por su Señor y hecho comprender que cada sugerencia que permita pasar por su puerta, al llegar a su Señor y Maestro (su conciencia), dejará allí su impresión, impresión que con el tiempo debe volverse expresión.

La instrucción a Simón es que permita que solo visitantes o impresiones dignos y honorables entren en la casa (la concien-

cia) de su Señor. Ningún error puede encubrirse u ocultarse a su Maestro, pues cada expresión de la vida dice a su Señor a quién hospedó consciente o inconscientemente.

Cuando Simón, por sus obras, se prueba a sí mismo como un verdadero y fiel discípulo, entonces recibe el sobrenombre de Pedro, o la roca, el discípulo inmóvil, aquel que no puede ser sobornado ni coaccionado por ningún visitante. Es llamado por su Señor Simón Pedro, aquel que fielmente oye los mandatos de su Señor y fuera de cuyos mandatos no oye.

Es este Simón Pedro quien descubre que el YO SOY es Cristo, y por su descubrimiento se le dan las llaves del cielo, y se le hace la piedra fundamental sobre la cual descansa el Templo de Dios. Los edificios deben tener fundamentos firmes, y solo el oído disciplinado puede, al aprender que el YO SOY es Cristo, permanecer firme e inmóvil en el conocimiento de que YO SOY Cristo y fuera de MÍ no hay salvador.

La segunda cualidad que es llamada al discipulado es Andrés, o el valor. A medida que se desarrolla la primera cualidad, la fe en uno mismo, automáticamente llama a la existencia a su hermano, el valor.

La fe en uno mismo, que no pide ayuda a ningún hombre, sino que quieta y solitariamente se apropia de la conciencia de la cualidad deseada y, a pesar de la razón o la evidencia de sus

sentidos en contrario, continúa fiel, esperando pacientemente en el conocimiento de que su reclamo no visto, si se sostiene, debe realizarse; tal fe desarrolla un valor y una fortaleza de carácter que están más allá de los más descabellados sueños del hombre no disciplinado, cuya fe está puesta en cosas vistas.

La fe del hombre no disciplinado no puede llamarse realmente fe. Pues si los ejércitos, las medicinas o la sabiduría del hombre en que su fe está puesta le son quitados, su fe y su valor se van con ellos. Pero al hombre disciplinado se le podría quitar el mundo entero y, sin embargo, permanecería fiel en el conocimiento de que el estado de conciencia en el que mora debe, a su debido tiempo, encarnarse. Este valor es Andrés, el hermano de Pedro, el discípulo que sabe lo que es atreverse, hacer y callar.

Los dos siguientes (tercero y cuarto) que son llamados también están relacionados. Estos son los hermanos Jacobo y Juan, Jacobo el justo, el juez recto, y su hermano Juan, el amado. La justicia, para ser sabia, debe administrarse con amor, volviendo siempre la otra mejilla y devolviendo en todo momento bien por mal, amor por odio, no violencia por violencia.

El discípulo Jacobo, símbolo de un juicio disciplinado, debe, cuando se eleva al alto oficio de juez supremo, ir con los ojos

vendados, para no ser influido por la carne ni juzgar según las apariencias del ser. El juicio disciplinado lo administra aquel que no es influido por las apariencias.

Aquel que ha llamado a estos hermanos al discipulado continúa fiel a su mandato de oír solo aquello que se le ha ordenado oír, a saber, el Bien. El hombre que tiene esta cualidad de su mente disciplinada es incapaz de oír y aceptar como verdadero cualquier cosa, ya sea de sí mismo o de otro, que al oír-la no llene su corazón de amor.

Estos dos discípulos o aspectos de la mente son uno e inseparables cuando están despiertos. Tal hombre disciplinado perdona a todos los hombres por ser aquello que son. Sabe, como juez sabio, que todo hombre expresa perfectamente aquello de lo que es, como hombre, consciente de ser. Sabe que sobre el fundamento inmutable de la conciencia descansa toda manifestación, que los cambios de expresión solo pueden producirse mediante cambios de conciencia.

Sin condenación ni crítica, estas cualidades disciplinadas de la mente permiten a cada uno ser aquello que es. Sin embargo, aunque conceden esta perfecta libertad de elección a todos, están no obstante siempre vigilantes para ver que ellas mismas profeticen y hagan, tanto para otros como para sí mismas, solo aquellas cosas que, al expresarse, glorifiquen, dignifiquen y den gozo al que las expresa.

La quinta cualidad llamada al discipulado es Felipe. Este pidió que se le mostrara al Padre. El hombre despierto sabe que el Padre es el estado de conciencia en el que el hombre mora, y que este estado o Padre solo puede verse a medida que se expresa. Se sabe a sí mismo la perfecta semejanza o imagen de aquella conciencia con la que está identificado.

Así declara: "Nadie ha visto jamás a mi Padre; pero yo, el Hijo, que estoy en su seno, lo he revelado" ["A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le declaró", Juan 1:18]; por lo tanto, cuando me ves a mí, el Hijo, ves a mi Padre, pues vengo a dar testimonio de mi Padre" ["Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto", Juan 14:7; "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo; mas el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras", Juan 14:9-11].

Yo y mi Padre, la conciencia y su expresión, Dios y el hombre, somos uno. Este aspecto de la mente, cuando se disciplina, persiste hasta que las ideas, ambiciones y deseos se vuelven realidades encarnadas. Esta es la cualidad que afirma: "En mi

carne he de ver a Dios" [Job 19:26]. Sabe cómo hacer carne la palabra [Juan 1:14], cómo dar forma a lo sin forma.

El sexto discípulo se llama Bartolomé. Esta cualidad es la facultad imaginativa, cualidad de la mente que, una vez despierta, distingue a uno de las masas. Una imaginación despierta coloca a quien así está despierto por encima del hombre promedio, dándole la apariencia de una luz de faro en un mundo de oscuridad.

Ninguna cualidad separa tanto al hombre del hombre como la imaginación disciplinada. Esta es la separación del trigo de la paja. Quienes más han dado a la sociedad son nuestros artistas, científicos, inventores y otros de imaginación vívida.

Si se hiciera un estudio para determinar la razón por la que tantos hombres y mujeres en apariencia educados fracasan en sus años posteriores a la universidad, o si se hiciera para determinar la razón de los diferentes poderes adquisitivos de las masas, no habría duda de que la imaginación desempeñó el papel importante.

Tal estudio mostraría que es la imaginación la que hace a uno líder, mientras que la falta de ella hace a uno seguidor. En lugar de desarrollar la imaginación del hombre, nuestro sistema educativo a menudo la sofoca al intentar poner en la mente del hombre la sabiduría que busca. Lo obliga a memorizar una se-

rie de libros de texto que, demasiado pronto, son refutados por libros de texto posteriores.

La educación no se logra poniendo algo dentro del hombre; su propósito es extraer del hombre la sabiduría que está latente dentro de él. Que el lector llame a Bartolomé al discipulado, pues solo a medida que esta cualidad se eleve al discipulado tendrás la capacidad de concebir ideas que te elevarán más allá de las limitaciones del hombre.

El séptimo se llama Tomás. Esta cualidad disciplinada duda o niega todo rumor y sugerencia que no esté en armonía con aquello que a Simón Pedro se le ha ordenado dejar entrar. El hombre que es consciente de ser sano (no a causa de salud heredada, dietas o clima, sino porque está despierto y conoce el estado de conciencia en el que vive), a pesar de las condiciones del mundo, continuará expresando salud.

Podría oír, a través de la prensa, la radio y los sabios del mundo, que una plaga barre la tierra y, sin embargo, permanecería inmóvil y no impresionado. Tomás, el que duda, cuando se disciplina, negaría que la enfermedad o cualquier otra cosa que no estuviera en simpatía con la conciencia a la que pertenece tuviera poder para afectarlo.

Esta cualidad de la negación, cuando se disciplina, protege al hombre de recibir impresiones que no están en armonía con

su naturaleza. Adopta una actitud de total indiferencia a todas las sugerencias que son ajenas a aquello que desea expresar. La negación disciplinada no es una pelea o una lucha, sino total indiferencia.

Mateo, el octavo, es el don de Dios. Esta cualidad de la mente revela los deseos del hombre como dones de Dios. El hombre que ha llamado a este discípulo a la existencia sabe que cada deseo de su corazón es un don del cielo y que contiene tanto el poder como el plan de su autoexpresión.

Tal hombre nunca cuestiona la manera de su expresión. Sabe que el plan de la expresión nunca se le revela al hombre, pues los caminos de Dios son inescrutables [Romanos 11:33]. Acepta plenamente sus deseos como dones ya recibidos y sigue su camino en paz, confiado en que aparecerán.

El noveno discípulo se llama Jacobo, el hijo de Alfeo. Esta es la cualidad del discernimiento. Una mente clara y ordenada es la voz que llama a este discípulo a la existencia. Esta facultad percibe aquello que no se revela al ojo del hombre. Este discípulo no juzga según las apariencias, pues tiene la capacidad de funcionar en el reino de las causas y por lo tanto nunca es engañado por las apariencias.

La clarividencia es la facultad que se despierta cuando esta cualidad se desarrolla y disciplina, no la clarividencia de las

salas de sesiones mediúmnicas, sino la verdadera clarividencia o claro ver del místico. Es decir, este aspecto de la mente tiene la capacidad de interpretar aquello que se ve. El discernimiento o la capacidad de diagnosticar es la cualidad de Jacobo, el hijo de Alfeo.

Tadeo, el décimo, es el discípulo de la alabanza, cualidad de la que el hombre no disciplinado carece lamentablemente. Cuando esta cualidad de alabanza y acción de gracias está despierta dentro del hombre, este camina con las palabras "Gracias, Padre" siempre en sus labios. Sabe que su agradecimiento por cosas no vistas abre las ventanas del cielo y permite que dones más allá de su capacidad de recibir sean derramados sobre él.

El hombre que no es agradecido por las cosas recibidas no es probable que sea el receptor de muchos dones de la misma fuente. Hasta que esta cualidad de la mente sea disciplinada, el hombre no verá florecer el desierto como la rosa. La alabanza y la acción de gracias son, para los dones invisibles de Dios (los propios deseos), lo que la lluvia y el sol son para las semillas no vistas en el seno de la tierra.

La undécima cualidad llamada es Simón de Canaán.

Una buena frase clave para este discípulo es "Oír buenas noticias". Simón de Canaán, o Simón de la tierra de leche y miel,

cuando es llamado al discipulado, es prueba de que aquel que llama a esta facultad a la existencia se ha vuelto consciente de la vida abundante. Puede decir con el salmista David: "Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando" [Salmo 23:5]. Este aspecto disciplinado de la mente es incapaz de oír otra cosa que buenas noticias, y por lo tanto está bien calificado para predicar el Evangelio o la Buena Nueva.

La duodécima y última de las cualidades disciplinadas de la mente se llama Judas. Cuando esta cualidad está despierta, el hombre sabe que debe morir a aquello que es antes de poder convertirse en aquello que desea ser. Así se dice de este discípulo que se suicidó, que es la manera del místico de decir al iniciado que Judas es el aspecto disciplinado del desapego.

Este sabe que su YO SOY o conciencia es su salvador, así que deja ir a todos los demás salvadores. Esta cualidad, cuando se disciplina, da a uno la fuerza para soltar. El hombre que ha llamado a Judas a la existencia ha aprendido cómo apartar su atención de los problemas o limitaciones y posarla sobre aquello que es la solución o salvador.

"A menos que nazcáis de nuevo, no podréis de ningún modo entrar en el Reino de los Cielos" ["De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios", Juan 3:3]. "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga

su vida por un amigo" ["Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos", Juan 15:13].

Cuando el hombre se da cuenta de que la cualidad deseada, si se realizara, lo salvaría y befriendaría, voluntariamente da su vida (su presente concepción de sí mismo) por su amigo, desprendiendo su conciencia de aquello de lo que es consciente de ser y asumiendo la conciencia de aquello que desea ser.

Judas, a quien el mundo en su ignorancia ha ennegrecido, será, cuando el hombre despierte de su estado no disciplinado, colocado en lo alto, pues Dios es amor y ningún hombre tiene mayor amor que este: que ponga su vida por un amigo. Hasta que el hombre suelte aquello de lo que ahora es consciente de ser, no se convertirá en aquello que desea ser; y Judas es quien logra esto mediante el suicidio o el desapego.

Estas son las doce cualidades que le fueron dadas al hombre en la fundación del mundo.

El deber del hombre es elevarlas al nivel del discipulado. Cuando esto se logra, el hombre dirá: "He acabado la obra que me diste que hiciese. Yo te he glorificado en la tierra, y ahora, oh, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" [Juan 17:4, 5].

La indiferencia es el cuchillo que corta. El sentimiento es el lazo que ata.

Capítulo Diecinueve: LUZ LÍQUIDA

"En Él vivimos, y nos movemos, y somos". (Hechos 17:28).

Psíquicamente, este mundo aparece como un océano de luz que contiene dentro de sí todas las cosas, incluido el hombre, como cuerpos pulsantes envueltos en luz líquida. La historia bíblica del Diluvio [Génesis 6-8] es el estado en que vive el hombre. El hombre está en realidad inundado en un océano de luz líquida en el que innumerables seres de luz se mueven.

La historia del Diluvio está siendo en realidad representada hoy.

El hombre es el Arca que contiene dentro de sí los principios masculino-femenino de toda cosa viviente. La paloma o idea que se envía para hallar tierra seca es el intento del hombre de encarnar sus ideas. Las ideas del hombre se asemejan a aves en vuelo; como la paloma de la historia, regresan al hombre sin hallar un lugar donde posarse.

Si el hombre no permite que tales búsquedas infructuosas lo desanimen, un día el ave regresará con una ramita verde. Después de asumir la conciencia de la cosa deseada, estará convencido de que es así; y sentirá y sabrá que es aquello que conscientemente se ha apropiado, aunque aún no esté confirmado por sus sentidos.

Un día el hombre se identificará tanto con su concepción que la conocerá como a sí mismo, y declarará: "YO SOY; YO SOY aquello que deseo ser (YO SOY EL QUE SOY)". Hallará que, al hacerlo, comenzará a encarnar su deseo (la paloma o deseo esta vez hallará tierra seca), realizando así el misterio de la palabra hecha carne.

Todo en el mundo es una cristalización de esta luz líquida. "YO SOY la luz del mundo" [Juan 8:12, Juan 9:5, Juan 12:46]. Tu conciencia de ser es la luz líquida del mundo, que cristaliza en las concepciones que tienes de ti mismo.

Tu conciencia incondicionada de ser primero se concibió a sí misma en luz líquida (que es la velocidad inicial del universo). Todas las cosas, desde las más altas hasta las más bajas vibraciones o expresiones de la vida, no son más que las diferentes vibraciones o velocidades de esta velocidad inicial; el oro, la plata, el hierro, la madera, la carne, etc., son solo diferentes expresiones o velocidades de esta única sustancia, la luz líquida.

Todas las cosas son luz líquida cristalizada; la diferenciación o infinitud de la expresión es causada por el deseo del concebido de conocerse a sí mismo. Tu concepción de ti mismo determina automáticamente la velocidad necesaria para expresar aquello que te has concebido ser. El mundo es un océano de

luz líquida en innumerables y diferentes estados de cristalización.

Tu conciencia de ser es la luz líquida del mundo, que cristaliza en las concepciones que tienes de ti mismo.

Capítulo Veinte: EL ALIENTO DE VIDA

"Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente". (Génesis 2:7).

"Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo crecen los huesos en el vientre de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas". (Eclesiastés 11:5).

"Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa; y la enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento". (Reyes 17:17). "Y él (Eliseo) subió, y se acostó sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas; y se tendió sobre él, y la carne del niño entró en calor". (Reyes 4:34).

"Pero después de tres días y medio entró en ellos el aliento de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron". (Apocalipsis 11:11).

¿Restauró realmente el Profeta Elías [o Eliseo] a la vida al hijo muerto de la Viuda? Esta historia, junto con todas las demás historias de la Biblia, es un drama psicológico que tiene lugar en la conciencia del hombre.

La Viuda simboliza a cada hombre y mujer del mundo; el niño muerto representa los deseos y ambiciones frustrados del hombre; mientras que el profeta, Elías [o Eliseo], simboliza el poder de Dios dentro del hombre, o la conciencia de ser del hombre.

La historia nos dice que el profeta tomó al niño muerto del seno de la Viuda y lo llevó a un aposento alto. Al entrar en este aposento alto, cerró la puerta tras ellos; colocando al niño sobre una cama, sopló vida en él; al regresar a la madre, le dio el niño y dijo: "Mujer, tu hijo vive" ["Mira, tu hijo vive", Reyes 17:23 y Reyes 4:36].

Los deseos del hombre pueden simbolizarse como el niño muerto. El mero hecho de que desea es prueba positiva de que la cosa deseada aún no es una realidad viviente en su mundo. Intenta de toda manera concebible amamantar este deseo hasta convertirlo en realidad, hacerlo vivir, pero halla al final que todos los intentos son infructuosos.

La mayoría de los hombres no son conscientes de la existencia del poder infinito dentro de sí mismos como el profeta.

Permanecen indefinidamente con un niño muerto en los brazos, sin darse cuenta de que el deseo es la indicación positiva de capacidades ilimitadas para su cumplimiento.

Que el hombre una vez reconozca que su conciencia es un profeta que sopla vida en todo aquello de lo que es consciente de ser, y cerrará la puerta de sus sentidos contra su problema y fijará su atención únicamente en aquello que desea, sabiendo que, al hacerlo, sus deseos están seguros de realizarse.

Descubrirá que el reconocimiento es el aliento de vida, pues percibirá, a medida que reclama conscientemente que ahora expresa o posee todo lo que desea ser o tener, que está soplando el aliento de vida en su deseo. La cualidad reclamada para el deseo (de un modo desconocido para él) comenzará a moverse y a volverse una realidad viviente en su mundo.

Sí, el Profeta Elías [o Eliseo] vive para siempre como la conciencia ilimitada de ser del hombre, la viuda como su conciencia limitada de ser y el niño como aquello que desea ser.

Tu deseo es la indicación positiva de capacidades ilimitadas para su cumplimiento.

Capítulo Veintiuno: DANIEL EN EL FOSO DE LOS LEONES

"Tu Dios, a quien sirves continuamente, él te librerá". (Daniel 6:16).

"La historia de Daniel es la historia de todo hombre. Se registra que Daniel, mientras estaba encerrado en el foso de los leones, dio la espalda a las bestias hambrientas; y con su visión vuelta hacia la luz que venía de lo alto, oró al único y solo Dios. Los leones, que habían sido a propósito hambreados para el festín, quedaron impotentes para dañar al profeta. La fe de Daniel en Dios era tan grande que finalmente trajo su libertad y su nombramiento a un alto cargo en el gobierno de su país". (Daniel 6:13-28).

Esta historia fue escrita para ti, para instruirte en el arte de liberarte de cualquier problema o prisión en el mundo.

La mayoría de nosotros, al hallarnos en el foso de los leones, nos preocuparíamos solo de los leones; no estaríamos pensando en ningún otro problema en todo el ancho mundo sino el de los leones; sin embargo, se nos dice que Daniel les dio la espalda y miró hacia la luz que era Dios. Si pudiéramos seguir el ejemplo de Daniel cuando estamos amenazados por algún terrible desastre, como leones, pobreza o enfermedad, si, como

Daniel, pudiéramos llevar nuestra atención a la luz que es Dios, nuestras soluciones serían igualmente sencillas.

Por ejemplo, si estuvieras encarcelado, ningún hombre necesitaría decirte que lo que deberías desear es la libertad. La libertad, o más bien el deseo de ser libre, sería automático. Lo mismo sería cierto si te hallaras enfermo, endeudado o en cualquier otra dificultad. Los leones representan situaciones en apariencia insolubles de naturaleza amenazante.

Cada problema produce automáticamente su solución en forma de un deseo de ser libre del problema. Por lo tanto, da la espalda a tu problema y enfoca tu atención en la solución deseada sintiéndote ya ser aquello que desees. Continúa en esta creencia, y hallarás que el muro de tu prisión desaparecerá a medida que comiences a expresar aquello de lo que te has vuelto consciente de ser.

He visto personas, en apariencia desesperadamente endeudadas, aplicar este principio, y, en muy poco tiempo, deudas que eran montañosas fueron removidas. También he visto a aquellos a quienes los médicos habían desahuciado como incurables aplicar este principio y, en un tiempo increíblemente corto, su llamada enfermedad incurable se desvaneció sin dejar cicatriz.

Mira tus deseos como las palabras habladas de Dios y como toda palabra de profecía de aquello que eres capaz de ser. No cuestiones si eres digno o indigno de realizar estos deseos. Acéptalos como vienen a ti. Da gracias por ellos como si fueran dones. Siéntete feliz y agradecido por haber recibido tan maravillosos dones. Luego sigue tu camino en paz.

Tal sencilla aceptación de tus deseos es como dejar caer semilla fértil en una tierra siempre preparada.

Cuando dejas caer tu deseo en la conciencia como una semilla, confiado en que aparecerá en todo su potencial pleno, has hecho todo lo que se espera de ti. Estar preocupado o inquieto por la manera de su despliegue es retener estas semillas fértiles en un puño mental y, por lo tanto, impedir que realmente maduren hasta la plena cosecha.

No estés ansioso ni inquieto por los resultados. Los resultados seguirán tan ciertamente como el día sigue a la noche.

Ten fe en esta siembra hasta que la evidencia se te manifieste de que es así. Tu confianza en este procedimiento pagará grandes recompensas. Esperas un poco en la conciencia de la cosa deseada; luego, de pronto, y cuando menos lo esperas, la cosa sentida se vuelve tu expresión. La vida no hace acepción de personas [Hechos 10:34; Romanos 2:11] y nada destruye;

continúa manteniendo vivo aquello de lo que el hombre es consciente de ser.

Las cosas desaparecerán solo a medida que el hombre cambie su conciencia. Niégalo si quieres, sigue siendo un hecho que la conciencia es la única realidad y que las cosas solo reflejan aquello de lo que eres consciente de ser. El estado celestial que buscas se hallará solo en la conciencia, pues el Reino de los Cielos está dentro de ti.

Tu conciencia es la única realidad viviente, la eterna cabeza de la creación. Aquello de lo que eres consciente de ser es el cuerpo temporal que llevas.

Apartar tu atención de aquello de lo que eres consciente de ser es decapitar ese cuerpo; pero, así como un pollo o una serpiente continúa saltando y palpitando un rato después de que su cabeza ha sido removida, asimismo las cualidades y condiciones parecen vivir un rato después de que tu atención ha sido apartada de ellas.

El hombre, no conociendo esta ley de la conciencia, da constantemente pensamiento a sus anteriores condiciones habituales y, al estar atento a ellas, coloca sobre estos cuerpos muertos la eterna cabeza de la creación; con ello los reanima y los vuelve a resucitar. Debes dejar estos cuerpos muertos en

paz y dejar que los muertos entierren a sus muertos [Mateo 8:22, Lucas 9:60].

El hombre, habiendo puesto su mano en el arado (es decir, después de asumir la conciencia de la cualidad deseada), al mirar atrás, solo puede frustrar su aptitud para el Reino de los Cielos [Lucas 9:62]. Como la voluntad del cielo se hace siempre en la tierra, hoy estás en el cielo que has establecido dentro de ti mismo, pues aquí, en esta misma tierra, tu cielo se revela.

El Reino de los Cielos está realmente cerca. Ahora es el tiempo aceptable. Así que crea un nuevo cielo, entra en un nuevo estado de conciencia, y una nueva tierra aparecerá.

"Salieron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada". (Juan 21:3). "Y él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces". (Juan 21:6). Se registra que los discípulos pescaron toda la noche y no pescaron nada. Entonces Jesús apareció en escena y les dijo que echaran sus redes de nuevo, pero, esta vez, a la derecha. Pedro obedeció la voz de Jesús y echó sus redes una vez más en las aguas. Donde un momento antes el agua estaba completamente vacía de peces, las redes casi se rompieron por la cantidad de la pesca resultante. (Juan 21:3-6).

El hombre, pescando durante toda la noche de la ignorancia humana, intenta realizar sus deseos mediante el esfuerzo y la lucha, solo para hallar al final que su búsqueda es infructuosa. Cuando el hombre descubra que su conciencia de ser es Cristo Jesús, obedecerá su voz y la dejará dirigir su pesca. Echará su anzuelo a la derecha; aplicará la ley de la manera correcta y buscará en la conciencia la cosa deseada. Hallándola allí, sabrá que será multiplicada en el mundo de la forma.

Quienes han tenido el placer de pescar saben qué emoción es sentir el pez en el anzuelo. La mordida del pez va seguida del forcejeo del pez; este forcejeo, a su vez, va seguido del sacar el pez. Algo similar tiene lugar en la conciencia del hombre a medida que pesca las manifestaciones de la vida.

Los pescadores saben que si desean pescar peces grandes, deben pescar en aguas profundas; si quieres pescar una gran medida de vida, debes dejar atrás las aguas poco profundas con sus muchos arrecifes y barreras y lanzarte a las aguas azules profundas donde juegan los grandes. Para pescar las grandes manifestaciones de la vida debes entrar en estados de conciencia más profundos y libres; solo en estas profundidades viven las grandes expresiones de la vida.

Aquí hay una fórmula sencilla para una pesca exitosa. Primero, decide qué es lo que quieres expresar o poseer. Esto es esencial. Debes saber definitivamente qué quieres de la vida

antes de poder pescarlo. Después de tomada tu decisión, apartate del mundo de los sentidos, remueve tu atención del problema y posala sobre el simple ser, repitiendo quietamente, pero con sentimiento, "YO SOY".

A medida que tu atención se remueve del mundo a tu alrededor y se posa sobre el YO SOY, de modo que estés perdido en el sentimiento de simplemente ser, te hallarás soltando el ancla que te ataba a los bajíos de tu problema; y sin esfuerzo te hallarás moviéndote hacia lo profundo. La sensación que acompaña este acto es de expansión. Te sentirás elevar y expandir como si realmente estuvieras creciendo. No tengas miedo de este flotar, este crecer, pues no vas a morir a nada sino a tus limitaciones.

Sin embargo, tus limitaciones van a morir a medida que te alejes de ellas, pues solo viven en tu conciencia.

En esta conciencia profunda o expandida, te sentirás un poder poderoso y pulsante, tan profundo y rítmico como el océano. Este sentimiento expandido es la señal de que ahora estás en las aguas azules profundas donde nadan los peces grandes. Supón que los peces que decidiste pescar fueran la salud y la libertad; comienzas a pescar en esta profundidad sin forma y pulsante de ti mismo por estas cualidades o estados de conciencia, sintiendo "YO SOY sano", "YO SOY libre".

Continúas reclamando y sintiéndote ser sano y libre hasta que la convicción de que lo eres te posee.

A medida que la convicción nace dentro de ti, de modo que todas las dudas pasan y sabes y sientes que eres libre de las limitaciones del pasado, sabrás que has enganchado estos peces. El gozo que recorre todo tu ser al sentir que eres aquello que deseabas ser es igual a la emoción del pescador cuando engancha su pez.

Ahora viene el forcejeo del pez. Esto se logra regresando al mundo de los sentidos. A medida que abres tus ojos sobre el mundo a tu alrededor, la convicción y la conciencia de que eres sano y libre deberían estar tan establecidas dentro de ti que todo tu ser se estremezca en anticipación.

Entonces, a medida que caminas por el necesario intervalo de tiempo que tardarán las cosas sentidas en encarnarse, sentirás un estremecimiento secreto al saber que en poco tiempo aquello que ningún hombre ve, pero que tú sientes y sabes que eres, será sacado. En un momento en que menos lo pienses, mientras caminas fielmente en esta conciencia, comenzarás a expresar y poseer aquello de lo que eres consciente de ser y poseer; experimentando con el pescador el gozo de sacar al grande.

Ahora, ve y pesca las manifestaciones de la vida echando tus redes a la derecha.

Para pescar las grandes manifestaciones de la vida debes entrar en estados de conciencia más profundos y libres; solo en estas profundidades viven las grandes expresiones de la vida.

Capítulo Veintidós: QUE ESTAS PALABRAS PENETREN

"Que estas palabras penetren en vuestros oídos; porque el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres". (Lucas 9:44). "Que estas palabras penetren en vuestros oídos, porque el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres". No seáis como aquellos que tienen ojos que no ven y oídos que no oyen.

Que estas revelaciones penetren hondo en vuestros oídos, pues después de que el Hijo (la idea) es concebido, el hombre con sus falsos valores (la razón) intentará explicar el porqué y el cómo de la expresión del Hijo, y al hacerlo, lo desgarrará en pedazos.

Después de que los hombres han acordado que cierta cosa es humanamente imposible y por lo tanto no puede hacerse, que alguien logre la cosa imposible; los sabios que dijeron que no

podía hacerse comenzarán a decirte por qué y cómo sucedió. Después de que terminen de desgarrar la túnica sin costura [Juan 19:23] (la causa de la manifestación), estarán tan lejos de la verdad como lo estaban cuando la proclamaron imposible. Mientras el hombre busque la causa de la expresión en lugares distintos del que la expresa, busca en vano.

Durante miles de años se ha dicho al hombre: "YO SOY la resurrección y la vida" [Juan 11:25]. "Ninguna manifestación viene a mí si yo no la traigo" [Juan 6:44], pero el hombre no lo cree. Prefiere creer en causas fuera de sí mismo. En el momento en que aquello que no se veía se vuelve visto, el hombre está listo para explicar la causa y propósito de su aparición.

Así, el Hijo del Hombre (la idea que desea manifestación) es constantemente destruido en manos del hombre (de la explicación razonable o la sabiduría). Ahora que tu conciencia se te revela como la causa de toda expresión, no regreses a la oscuridad de Egipto con sus muchos dioses. No hay sino un Dios. El único y solo Dios es tu conciencia.

"Y todos los habitantes de la tierra son considerados como nada. Y él hace según su voluntad en el ejército del Cielo, y entre los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?" ["Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el

ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?", Daniel 4:35].

Si el mundo entero acordara que cierta cosa no puede expresarse y, sin embargo, te volvieras consciente de ser aquello que ellos habían acordado que no podía expresarse, lo expresarías. Tu conciencia nunca pide permiso para expresar aquello de lo que eres consciente de ser. Lo hace, naturalmente y sin esfuerzo, a pesar de la sabiduría del hombre y de toda oposición.

"A nadie saludéis por el camino" ["No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado; y a nadie saludéis por el camino", Lucas 10:4; 2 Reyes 4:29]. Esto no es un mandato de ser insolente o poco amistoso, sino un recordatorio de no reconocer a un superior, de no ver en nadie una barrera para tu expresión. Nadie puede detener tu mano ni cuestionar tu capacidad de expresar aquello de lo que eres consciente de ser.

No juzgues según las apariencias de una cosa, "pues todos son como nada a los ojos de Dios" ["Todas las naciones son como nada delante de él, y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es", Isaías 40:17]. Cuando los discípulos, por su juicio de las apariencias, vieron al niño insano [Marcos 9:17-29; Lucas 9:37-43], pensaron que era un problema más difícil de resolver que otros que habían visto; y así fracasaron en lograr una cura.

Al juzgar según las apariencias, olvidaron que todas las cosas son posibles para Dios [Mateo 19:26; Marcos 10:27]. Hipnotizados como estaban por la realidad de las apariencias, no podían sentir la naturalidad de la cordura. La única manera de evitar tales fracasos es tener constantemente presente que tu conciencia es la Todopoderosa, la presencia omnisciente; sin ayuda, esta presencia desconocida dentro de ti representa hacia afuera, sin esfuerzo, aquello de lo que eres consciente de ser.

Sé perfectamente indiferente a la evidencia de los sentidos, para que puedas sentir la naturalidad de tu deseo, y tu deseo se realizará. Apártate de las apariencias y siente la naturalidad de aquella perfecta percepción dentro de ti mismo, una cualidad que nunca debe ser desconfiada ni dudada. Su comprensión nunca te extraviará.

Tu deseo es la solución de tu problema. A medida que el deseo se realiza, el problema se disuelve. No puedes forzar nada hacia afuera por el más poderoso esfuerzo de la voluntad. Solo hay una manera de comandar las cosas que quieres, y es asumiendo la conciencia de las cosas deseadas.

Hay una vasta diferencia entre sentir una cosa y meramente conocerla intelectualmente. Debes aceptar sin reservas el hecho de que, al poseer (sentir) una cosa en la conciencia, has

comandado la realidad que hace que llegue a existir en forma concreta.

Debes estar absolutamente convencido de una conexión ininterrumpida entre la realidad invisible y su manifestación visible. Tu aceptación interior debe volverse una convicción intensa e inalterable que trascienda tanto la razón como el intelecto, renunciando por completo a toda creencia en la realidad de la exteriorización, excepto como reflejo de un estado interior de conciencia. Cuando realmente comprendas y creas estas cosas, habrás construido una certeza tan profunda que nada podrá sacudirte.

Tus deseos son las realidades invisibles que responden solo a los mandatos de Dios. Dios manda a lo invisible aparecer reclamándose ser la cosa comandada. "Se hizo igual a Dios y no tuvo por usurpación hacer las obras de Dios" [Filipenses 2:6]. Ahora que esta palabra penetre hondo en tu oído: **SÉ CONSCIENTE DE SER AQUELLO QUE QUIERES QUE APAREZCA.**

| *Sé consciente de ser aquello que quieres que aparezca.*

Capítulo Veintitrés: LA VERDADERA CLARIVIDENCIA

"¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis?". (Marcos 8:18). La verdadera clarividencia no reside en tu capacidad de ver cosas más allá del alcance de la visión humana, sino más bien en tu capacidad de comprender aquello que ves. Un estado financiero puede ser visto por cualquiera, pero muy pocos pueden leer un estado financiero. La capacidad de interpretar el estado es la marca del claro ver o la clarividencia.

Que cada objeto, tanto animado como inanimado, está envuelto en una luz líquida que se mueve y pulsa con una energía mucho más radiante que los objetos mismos, nadie lo sabe mejor que el autor; pero él también sabe que la capacidad de ver tales auras no es igual a la capacidad de comprender aquello que uno ve en el mundo a su alrededor.

Para ilustrar este punto, aquí hay una historia con la que el mundo entero está familiarizado, y que, sin embargo, solo el verdadero místico o clarividente ha visto realmente. La historia de "El Conde de Montecristo" de Dumas es, para el místico y verdadero clarividente, la biografía de todo hombre. Edmundo Dantés, un joven marinero, halla muerto al capitán de su barco. Tomando el mando del barco en medio de un mar

azotado por la tormenta, intenta llevar el barco a un fondeadero seguro.

COMENTARIO. La vida misma es un mar azotado por la tormenta con el que el hombre lucha mientras trata de llevarse a un puerto de descanso. Sobre Dantés hay un documento secreto que debe entregar a un hombre que no conoce, pero que se dará a conocer al joven marinero a su debido tiempo. Este documento es un plan para liberar al Emperador Napoleón de su prisión en la Isla de Elba.

Dentro de cada hombre está el plan secreto que liberará al poderoso emperador dentro de sí mismo.

Cuando Dantés llega a puerto, tres hombres (que por su adulación y alabanza han logrado abrirse paso hasta las buenas gracias del rey actual), temiendo cualquier cambio que alterara sus posiciones en el gobierno, hacen arrestar al joven marino y lo encierran en las catacumbas. El hombre, en su intento de hallar seguridad en este mundo, es extraviado por las falsas luces de la codicia, la vanidad y el poder.

La mayoría de los hombres creen que la fama, la gran riqueza o el poder político los aseguraría contra las tormentas de la vida. Así que buscan adquirir estos como las anclas de su vida, solo para hallar que en su búsqueda de ellos pierden gradualmente el conocimiento de su verdadero ser. Si el hombre pone

su fe en cosas distintas de sí mismo, aquello en que su fe está puesta, con el tiempo lo destruirá; momento en el cual será como uno encarcelado en la confusión y la desesperación.

Aquí, en esta tumba, Dantés es olvidado y dejado a pudrirse. Pasan muchos años. Luego, un día, Dantés (que para entonces es un esqueleto viviente) oye un golpe en su muro. Respondiendo a este golpe, oye la voz de uno al otro lado de la piedra. En respuesta a esta voz, Dantés remueve la piedra y descubre a un viejo sacerdote que ha estado en prisión tanto tiempo que nadie conoce la razón de su encarcelamiento ni el tiempo que ha estado allí.

Aquí, detrás de estos muros de oscuridad mental, el hombre permanece en lo que parece una muerte en vida. Después de años de decepción, el hombre se aparta de estos falsos amigos, y descubre dentro de sí mismo al anciano (su conciencia de ser) que ha estado sepultado desde el día en que se creyó hombre por primera vez y olvidó que era Dios.

El viejo sacerdote había pasado muchos años cavando su salida de esta tumba viviente, solo para descubrir que había cavado su camino hasta la tumba de Dantés. Entonces se resigna a su destino y decide hallar su gozo y libertad instruyendo a Dantés en todo lo que sabe acerca de los misterios de la vida, y ayudándolo también a escapar.

Dantés, al principio, está impaciente por adquirir toda esta información; pero el viejo sacerdote, con infinita paciencia cosechada a través de su largo encarcelamiento, le muestra a Dantés cuán inapto está para recibir este conocimiento en su mente presente, no preparada y ansiosa. Así, con calma filosófica, le revela lentamente al joven los misterios de la vida y del tiempo.

Esta revelación es tan maravillosa que cuando el hombre la oye por primera vez quiere adquirirla toda de una vez; pero halla que, después de innumerables años pasados en la creencia de ser hombre, ha olvidado tan completamente su verdadera identidad que ahora es incapaz de absorber esta memoria de una vez. También descubre que solo puede hacerlo en proporción a su soltar todos los valores y opiniones humanos. A medida que Dantés madura bajo las instrucciones del viejo sacerdote, el anciano se halla viviendo cada vez más en la conciencia de Dantés. Finalmente, imparte su último resto de sabiduría a Dantés, haciéndolo competente para manejar posiciones de confianza. Luego le habla de un tesoro inagotable sepultado en la Isla de Montecristo.

A medida que el hombre suelta estos preciados valores humanos, absorbe más y más de la luz (el viejo sacerdote), hasta que finalmente se vuelve la luz y se conoce a sí mismo como el anciano. YO SOY la luz del mundo.

Ante esta revelación, los muros de la catacumba que los separaban del océano de arriba se derrumban, aplastando al anciano hasta la muerte. Los guardias, al descubrir el accidente, cosen el cuerpo del viejo sacerdote en un saco y se preparan para arrojarlo al mar. Mientras se van a buscar una camilla, Dantés remueve el cuerpo del viejo sacerdote y se cose a sí mismo dentro del saco. Los guardias, sin saber de este cambio de cuerpos, y creyendo que es el anciano, arrojan a Dantés al agua.

El fluir de la sangre y el agua en la muerte del viejo sacerdote es comparable al fluir de sangre y agua del costado de Jesús cuando los soldados romanos lo traspasaron, fenómeno que siempre tiene lugar en el nacimiento (aquí simbolizando el nacimiento de una conciencia superior). Dantés se libera del saco, va a la Isla de Montecristo y descubre el tesoro sepultado. Luego, armado con esta fabulosa riqueza y esta sabiduría sobrehumana, descarta su identidad humana de Edmundo Dantés y asume el título de Conde de Montecristo.

El hombre descubre que su conciencia de ser es el tesoro inagotable del universo. En ese día en que el hombre hace este descubrimiento, muere como hombre y despierta como Dios. Sí, Edmundo Dantés se vuelve el Conde de Montecristo. El hombre se vuelve Cristo.

La verdadera clarividencia no reside en tu capacidad de ver cosas más allá del alcance de la visión humana, sino más bien en tu capacidad de comprender aquello que ves.

Capítulo Veinticuatro: EL SALMO 23

"El Señor es mi pastor; nada me faltará". (Salmo 23:1).

Mi conciencia es mi Señor y Pastor. Aquello de lo que SOY consciente de ser son las ovejas que me siguen. Tan buen pastor es mi conciencia de ser que nunca ha perdido una sola oveja o cosa de la que SOY consciente de ser. Mi conciencia es una voz que clama en el desierto de la confusión humana; llamando a todo aquello de lo que SOY consciente de ser a seguirme.

Tan bien conocen mis ovejas mi voz que nunca han dejado de responder a mi llamado; ni vendrá un tiempo en que aquello que estoy convencido de que SOY deje de hallarme. YO SOY una puerta abierta para que todo lo que SOY entre. Mi conciencia de ser es Señor y Pastor de mi vida. Ahora sé que nunca estaré necesitado de prueba ni careceré de la evidencia de aquello de lo que soy consciente de ser. Sabiendo esto, me volveré consciente de ser grande, amoroso, rico, sano y todos los demás atributos que admiro.

En lugares de delicados pastos me hace descansar. Mi conciencia de ser magnifica todo aquello de lo que soy consciente de ser, así que siempre hay una abundancia de aquello de lo que soy consciente de ser. No hay diferencia en lo que el hombre sea consciente de ser; lo hallará eternamente brotando en su mundo.

La medida del Señor (la concepción que el hombre tiene de sí mismo) está siempre apretada, remecida y rebosando. Junto a aguas de reposo me pastorea. No hay necesidad de luchar por aquello de lo que soy consciente de ser, pues todo aquello de lo que soy consciente de ser será conducido hacia mí tan sin esfuerzo como un pastor conduce su rebaño a las aguas tranquilas de un manantial sereno.

Conforta mi alma; me guía por sendas de justicia por amor de su nombre. Ahora que mi memoria está restaurada, de modo que sé que YO SOY el Señor y fuera de mí no hay Dios, mi reino está restaurado. Mi reino, que se desmembró el día en que creí en poderes aparte de mí mismo, está ahora plenamente restaurado.

Ahora que sé que mi conciencia de ser es Dios, haré el uso correcto de este conocimiento volviéndome consciente de ser aquello que deseo ser. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

Sí, aunque ande por toda la confusión y las opiniones cambiantes de los hombres, no temeré mal alguno, pues he hallado que la conciencia es aquello que hace la confusión. Habiendo, en mi propio caso, restaurado a la conciencia a su legítimo lugar y dignidad, representaré hacia afuera, a pesar de la confusión, aquello de lo que ahora soy consciente de ser. Y la misma confusión hará eco y reflejará mi propia dignidad.

Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Frente a la aparente oposición y conflicto, triunfaré, pues continuaré representando hacia afuera la abundancia de la que ahora soy consciente de ser. Mi cabeza (mi conciencia) continuará rebosando del gozo de ser Dios.

Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida; y en la casa del Señor moraré por largos días. Porque ahora soy consciente de ser bueno y misericordioso, las señales de bondad y misericordia están obligadas a seguirme todos los días de mi vida, pues continuaré morando en la casa (o conciencia) de ser Dios (el bien) para siempre.

Mi conciencia es mi Señor y Pastor. Aquello de lo que SOY consciente de ser son las ovejas que me siguen.

Capítulo Veinticinco: GETSEMANÍ

"Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro". (Mateo 26:36).

Un romance místico maravillosísimo se cuenta en la historia de Jesús en el Huerto de Getsemaní, pero el hombre no ha visto la luz de su simbología y ha interpretado erróneamente esta unión mística como una experiencia agonizante en la que Jesús suplicaba en vano a su Padre que cambiara su destino.

Getsemaní es, para el místico, el Huerto de la Creación, el lugar en la conciencia adonde el hombre va para realizar sus objetivos definidos. Getsemaní es una palabra compuesta que significa exprimir una sustancia oleosa: Geth, exprimir, y Shemen, una sustancia oleosa.

La historia de Getsemaní revela al místico, en dramática simbología, el acto de la creación. Así como el hombre contiene dentro de sí una sustancia oleosa que, en el acto de la creación, es exprimida en una semejanza de sí mismo, así tiene dentro de sí un principio divino (su conciencia) que se condiciona a sí mismo como un estado de conciencia y, sin ayuda, se exprime u objetiva.

Un huerto es un trozo de tierra cultivada, un campo especialmente preparado, donde se plantan y cultivan semillas de la

elección del propio hortelano. Getsemaní es tal huerto, el lugar en la conciencia adonde el místico va con sus objetivos debidamente definidos. Se entra en este huerto cuando el hombre aparta su atención del mundo a su alrededor y la posa sobre sus objetivos.

Los deseos clarificados del hombre son semillas que contienen el poder y los planes de la autoexpresión y, como las semillas dentro del hombre, estas también están sepultadas dentro de una sustancia oleosa (una actitud mental gozosa y agradecida). A medida que el hombre contempla ser y poseer aquello que desea ser y poseer, ha comenzado el proceso de exprimir, o el acto espiritual de la creación.

Estas semillas son exprimidas y plantadas cuando el hombre se pierde en un estado salvaje y enloquecido de gozo, sintiéndose y reclamándose conscientemente ser aquello que antes deseaba ser. Los deseos expresados, o exprimidos, resultan en el paso de ese particular deseo. El hombre no puede poseer una cosa y al mismo tiempo desear poseerla. Así, a medida que uno se apropia conscientemente del sentimiento de ser la cosa deseada, este deseo de ser la cosa pasa, se realiza.

La actitud receptiva de la mente, que siente y recibe la impresión de ser la cosa deseada, es la tierra fértil o vientre que recibe la semilla (el objetivo definido). La semilla que se exprime de un hombre crece a la semejanza del hombre del cual

fue exprimida. Asimismo, la semilla mística, tu reclamo consciente de que eres aquello que hasta ahora deseabas ser, crecerá a la semejanza de ti, de quien y en quien es exprimida.

Sí, Getsemaní es el huerto cultivado del romance adonde el hombre disciplinado va a exprimir semillas de gozo (deseos definidos) de sí mismo a su actitud receptiva de la mente, allí para cuidarlas y nutrir las caminando conscientemente en el gozo de ser todo aquello que antes deseaba ser. Siente con el Gran Hortelano el estremecimiento secreto de saber que las cosas y cualidades que ahora no se ven serán vistas tan pronto como estas impresiones conscientes crezcan y maduren.

Tu conciencia es Señor y Esposo [Isaías 54:5]; el estado consciente en el que moras es esposa o amada. Este estado hecho visible es tu hijo que da testimonio de ti, su padre y madre, pues tu mundo visible está hecho a la imagen y semejanza [Génesis 1:26] del estado de conciencia en el que vives; tu mundo y su plenitud no son más ni menos que tu conciencia definida objetivada.

Sabiendo que esto es verdad, procura elegir bien a la madre de tus hijos, ese estado consciente en el que vives, tu concepción de ti mismo.

El hombre sabio elige a su esposa con gran discreción. Se da cuenta de que sus hijos deben heredar las cualidades de sus

padres, y por eso dedica mucho tiempo y cuidado a la selección de su madre. El místico sabe que el estado consciente en el que vive es la elección que ha hecho de una esposa, la madre de sus hijos, que este estado debe con el tiempo encarnarse dentro de su mundo; así que es siempre selecto en su elección y siempre se reclama ser su más alto ideal. Se define conscientemente como aquello que desea ser.

Cuando el hombre se da cuenta de que el estado consciente en el que vive es la elección que ha hecho de una compañera, será más cuidadoso de sus estados de ánimo y sentimientos. No se permitirá reaccionar a sugerencias de miedo, carencia o cualquier impresión indeseable. Tales sugerencias de carencia nunca podrían pasar la guardia de la mente disciplinada del místico, pues él sabe que cada reclamo consciente debe con el tiempo expresarse como una condición de su mundo, de su entorno.

Así, permanece fiel a su amada, su objetivo definido, definiéndose, reclamándose y sintiéndose ser aquello que desea expresar. Que un hombre se pregunte si su objetivo definido sería una cosa de gozo y belleza si se realizara. Si su respuesta es afirmativa, entonces puede saber que su elección de una novia es una princesa de Israel, una hija de Judá, pues todo objetivo definido que expresa gozo cuando se realiza es una hija de Judá, el rey de la alabanza.

Jesús llevó consigo a su hora de oración a sus discípulos, o atributos disciplinados de la mente, y les ordenó velar mientras él oraba, para que ningún pensamiento o creencia que negara la realización de su deseo pudiera entrar en su conciencia. Sigue el ejemplo de Jesús, quien, con sus deseos claramente definidos, entró en el Huerto de Getsemaní (el estado de gozo) acompañado de sus discípulos (su mente disciplinada) para perderse en un gozo salvaje de realización.

La fijación de su atención sobre su objetivo era su mandato a su mente disciplinada de velar y permanecer fiel a esa fijación. Contemplando el gozo que sería suyo al realizar su deseo, comenzó el acto espiritual de la generación, el acto de expresar la mística semilla, su deseo definido. En esta fijación permaneció, reclamando y sintiéndose ser aquello que él (antes de entrar en Getsemaní) deseaba ser, hasta que todo su ser (su conciencia) quedó bañado en un sudor oleoso (gozo) semejante a la sangre (la vida), en resumen, hasta que toda su conciencia quedó impregnada del gozo viviente y sostenido de ser su objetivo definido.

A medida que esta fijación se logra, de modo que el místico sabe, por su sentimiento de gozo, que ha pasado de su anterior estado consciente a su presente conciencia, se alcanza la Pascua o Crucifixión.

Esta crucifixión o fijación del nuevo reclamo consciente va seguida del Sábado, un tiempo de descanso. Siempre hay un intervalo de tiempo entre la impresión y su expresión, entre el reclamo consciente y su encarnación. Este intervalo se llama el Sábado, el periodo de descanso o no esfuerzo (el día del entierro).

Caminar inmóvil en la conciencia de ser o poseer cierto estado es guardar el Sábado. La historia de la crucifixión expresa hermosamente esta quietud o descanso místico. Se nos dice que después de que Jesús clamó "¡Consumado es!" [Juan 19:30], fue colocado en una tumba. Allí permaneció durante todo el Sábado.

Cuando el nuevo estado o conciencia se apropia, de modo que sientes, por esta apropiación, que estás fijo y seguro en el conocimiento de que está consumado, entonces tú también clamarás "¡Consumado es!" y entrarás en la tumba o Sábado, un intervalo de tiempo en el que caminarás inmóvil en la convicción de que tu nueva conciencia debe ser resucitada (hecha visible).

La Pascua, el día de la resurrección, cae el primer domingo después de la luna llena en Aries. La razón mística de esto es sencilla. Un área definida no se precipitará en forma de lluvia hasta que esa área alcance el punto de saturación; justo así, el

estado en el que moras no se expresará hasta que el todo esté impregnado de la conciencia de que es así, está consumado.

Tu objetivo definido es el estado imaginario, así como el ecuador es la línea imaginaria que el sol debe cruzar para marcar el comienzo de la primavera. Este estado, como la luna, no tiene luz ni vida en sí mismo; pero reflejará la luz de la conciencia o sol: "YO SOY la luz del mundo" [Mateo 5:14; Juan 8:12; Juan 9:5; Juan 12:46], "YO SOY la resurrección y la vida" [Juan 11:25].

Así como la Pascua se determina por la luna llena en Aries, así también la resurrección de tu reclamo consciente se determina por la plena conciencia de tu reclamo, por vivir realmente como esta nueva concepción. La mayoría de los hombres fracasan en resucitar sus objetivos porque fracasan en permanecer fieles a su estado recién definido hasta que se alcanza esta plenitud.

Si el hombre tuviera presente el hecho de que no puede haber Pascua o día de resurrección hasta después de la luna llena, se daría cuenta de que el estado al que ha pasado conscientemente será expresado o resucitado solo después de que haya permanecido dentro del estado de ser su objetivo definido.

Hasta que todo su ser se estremezca con el sentimiento de ser realmente su reclamo consciente, viviendo conscientemente

en este estado de serlo, y solo de esta manera, el hombre resucitará o realizará su deseo.

Getsemaní es el huerto cultivado del romance adonde el hombre disciplinado va a expresar semillas de gozo de sí mismo a su actitud receptiva de la mente.

Capítulo Veintiséis: LA VICTORIA

"Todo lugar que pisare la planta de vuestro pie, os lo he dado". (Josué 1:3).

La mayoría de las personas están familiarizadas con la historia de Josué capturando la ciudad de Jericó. Lo que no saben es que esta historia es la fórmula perfecta para la Victoria, bajo cualquier circunstancia y contra toda posibilidad. Se registra que Josué estaba armado solo con el conocimiento de que todo lugar que pisara la planta de su pie le sería dado; que deseaba capturar o pisar la ciudad de Jericó, pero hallaba que los muros que lo separaban de la ciudad eran infranqueables.

Parecía físicamente imposible para Josué pasar más allá de estos muros macizos y pararse sobre la ciudad de Jericó. Sin embargo, lo impulsaba el conocimiento de la promesa de que, sin importar las barreras y obstáculos que lo separaban de sus deseos, si tan solo pudiera pararse sobre la ciudad, le sería dada.

El Libro de Josué registra además que, en lugar de luchar contra este gigantesco problema del muro, Josué empleó los servicios de la ramera Rahab y la envió como espía a la ciudad. Cuando Rahab entró en su casa, que estaba en medio de la ciudad, Josué, que estaba firmemente bloqueado por los muros infranqueables de Jericó, sopló su trompeta siete veces. Al séptimo toque, los muros se derrumbaron y Josué entró victorioso en la ciudad.

Para el no iniciado, esta historia carece de sentido. Para quien la ve como un drama psicológico, más que como un registro histórico, es de lo más reveladora. Si siguiéramos el ejemplo de Josué, nuestra victoria sería igualmente sencilla. Josué te simboliza a ti, lector, tu estado presente; la ciudad de Jericó simboliza tu deseo, u objetivo definido.

Los muros de Jericó simbolizan los obstáculos entre tú y la realización de tus objetivos. El pie simboliza la comprensión; colocar la planta del pie sobre un lugar definido indica fijar un estado psicológico definido. Rahab, la espía, es tu capacidad de viajar secreta o psicológicamente a cualquier lugar en el espacio. La conciencia no conoce frontera. Nadie puede impedirte morar psicológicamente en cualquier punto, o en cualquier estado, en el tiempo o el espacio.

Sin importar las barreras físicas que te separan de tu objetivo, puedes, sin esfuerzo ni ayuda de nadie, aniquilar el tiempo, el

espacio y las barreras.

Así, puedes morar, psicológicamente, en el estado deseado. Por lo tanto, aunque no puedas pisar físicamente un estado o ciudad, siempre puedes pisar psicológicamente cualquier estado deseado. Por pisar psicológicamente quiero decir que puedes ahora, en este momento, cerrar los ojos y, después de visualizar o imaginar un lugar o estado distinto del presente, sentir realmente que ahora estás en tal lugar o estado. Puedes sentir esta condición tan real que, al abrir los ojos, te asombre hallar que no estás físicamente allí.

Una ramera, como sabes, da a todos los hombres aquello que le piden. Rahab, la ramera, simboliza tu capacidad infinita de asumir psicológicamente cualquier estado deseable sin cuestionar si estás física o moralmente apto para hacerlo. Puedes hoy capturar la moderna ciudad de Jericó o tu objetivo definido si reaccúas psicológicamente esta historia de Josué; pero para capturar la ciudad y realizar tus deseos, debes seguir cuidadosamente la fórmula de la victoria establecida en este libro de Josué.

Esta es la aplicación de esta fórmula victoriosa tal como un místico moderno la revela hoy: Primero: define tu objetivo (no la manera de obtenerlo), sino tu objetivo, pura y simplemente; sabe exactamente qué es lo que deseas, de modo que tengas un cuadro mental claro de ello. Segundo: aparta tu atención de

los obstáculos que te separan de tu objetivo y posa tu pensamiento en el objetivo mismo.

Tercero: cierra los ojos y SIENTE que ya estás en la ciudad o estado que capturarías. Permanece dentro de este estado psicológico hasta obtener una reacción consciente de completa satisfacción en esta victoria. Luego, simplemente abriendo los ojos, regresa a tu anterior estado consciente.

Este viaje secreto al estado deseado, con su subsiguiente reacción psicológica de completa satisfacción, es todo lo necesario para producir la victoria total. Este estado psíquico victorioso se encarnará a pesar de toda oposición. Tiene el plan y el poder de la autoexpresión.

De este punto en adelante, sigue el ejemplo de Josué, quien, después de morar psicológicamente en el estado deseado hasta recibir una completa reacción consciente de victoria, no hizo nada más para producir esta victoria que soplar siete veces su trompeta. El séptimo toque simboliza el séptimo día, un tiempo de quietud o descanso, el intervalo entre los estados subjetivo y objetivo, un periodo de preñez o gozosa expectativa.

Esta quietud no es la quietud del cuerpo, sino más bien la quietud de la mente, una perfecta pasividad, que no es indolencia, sino una quietud viviente nacida de la confianza en esta ley inmutable de la conciencia. Quienes no están familiarizados con

esta ley o fórmula para la victoria, al intentar aquietar sus mentes, solo logran adquirir una tensión silenciosa, que no es más que ansiedad comprimida.

Pero tú, que conoces esta ley, hallarás que, después de capturar el estado psicológico que sería tuyo si ya estuvieras victoriosa y realmente atrincherado en esa ciudad, avanzarás hacia la realización física de tus deseos. Harás esto sin duda ni miedo, en un estado mental fijado en el conocimiento de una victoria predispuesta.

No tendrás miedo del enemigo, porque el desenlace ha sido determinado por el estado psicológico que precedió a la ofensiva física; y todas las fuerzas del cielo y la tierra no pueden detener el cumplimiento victorioso de ese estado. Permanece quieto en el estado psicológico definido como tu objetivo hasta que sientas el estremecimiento de la Victoria. Luego, con la confianza nacida del conocimiento de esta ley, observa la realización física de tu objetivo.

... Apostaos, estad quietos y ved la salvación de la Ley con vosotros... FIN.

Permanece quieto en el estado psicológico definido como tu objetivo hasta que sientas el estremecimiento de la Victoria.

GnosticLibrary.org

La Librería Gnóstica fue creada con el propósito de compilar una colección completa de todos los conocimientos antiguos que en algún momento estuvieron disponibles y así preservarlos para futuras generaciones.

Nuestro deseo es preservar la redacción y las imágenes incluidas en los manuscritos / libros originales. Sin embargo, debido a las conversiones a múltiples formatos, no podemos garantizar que este libro esté libre de errores.

¿No encuentra el LIBRO que está buscando?

Contáctenos en el siguiente URL



GnosticLibrary.org

Nuestros editores están disponibles
para ayudarle a crear
los libros perfectos para su colección.